

⑤

Harry Potter y la Orden del Fénix

J. K. Rowling

CAPÍTULO I

DUDLEY DEMENTE

El día más cálido del verano se dibujaba en un cercano y soñoliento silencio, que se extendía por las grandes y cuadradas casas de Privet Drive. Los coches, que generalmente brillaban, permanecían polvorientos en las entradas de sus casas, y el césped que una vez fue de color verde esmeralda estaba seco y amarillento a causa de la prohibición del uso de las mangueras debido a la sequía. Privados de sus usuales lavados de coche y del riego del césped, los habitantes de Privet Drive se habían retirado a la sombra de sus casas, cuyas ventanas estaban abiertas de par en par con la esperanza de tentar una brisa inexistente.

La única persona que permanecía en el exterior era un adolescente recostado sobre una mata de flores, en la entrada del número 4. Él era flaco, de pelo negro. Un chico con gafas que tenía un aspecto pellizcado, ligeramente insano, el aspecto de alguien que ha crecido mucho en un corto espacio de tiempo. Sus pantalones vaqueros estaban desgarrados y sucios, su camiseta floja y descolorida, y las suelas de sus zapatillas estaban descascarilladas. La apariencia de Harry Potter no cautivaba a los vecinos, quienes eran la clase de personas que se creen que la gente desaliñada debe ser punible por la ley, pero aquella tarde se escondió tras una gran mata de hortensias, resultaba poco visible a los transeúntes. De hecho, la única forma por la cuál sería descubierto era si tío Vernon o tía Petunia pegaban sus cabezas en la ventana de la sala de estar y miraban la mata de flores.

Harry pensó que era buena idea el hecho de esconderse ahí. Tal vez no estuviera cómodo tumbado en el cálido y duro suelo, pero, por otra parte, nadie le miraba de malas maneras, haciendo rechinar sus dientes tan alto que no podía escuchar las noticias, o haciéndole preguntas obscenas, como le ocurría cada vez que intentaba sentarse en el sofá de la sala de estar para ver televisión con sus tíos.

Casi como si este pensamiento hubiese revoloteado a través de la ventana abierta, Vernon Dursley, el tío de Harry, habló de repente:

- Me alegra ver que el chico ha parado de meterse por medio. ¿Dónde está, de todos modos?

- No lo sé –dijo tía Petunia-. No está en casa.

Tío Vernon dijo gruñendo:

- Mirando las noticias... –dijo mordazmente-. Me gustaría saber qué se trae entre manos. Como si a un chico normal le importaran las noticias, Dudley no tiene ni idea acerca de lo que se cuenta en las noticias: ¡dudo si sabe quién es el Primer Ministro! De todas formas no debe haber nada de sus noticias en nuestras noticias.

- Vernon, ¡shh! –dijo tía Petunia- ¡La ventana está abierta!

- OH, sí, perdón cariño.

Los Dursley se quedaron en silencio. Harry escuchó un anuncio de cereales Fruti ‘n’ Bran mientras observaba a la señora Figg, una rara anciana amante de los gatos procedente de la cercana Wisteria Walk. Ella fruncía el ceño y murmuraba para sí misma. Harry se alegró de estar oculto por el arbusto, ya que últimamente la Sra. Figg le ofrecía té cada vez que se encontraban

por la calle. Dobló en la esquina y desapareció de vista justo antes de que la voz de tío Vernon flotara otra vez fuera de la ventana:

- ¿Dudders ha ido a tomar el té?

- Al Polkisses –dijo tía Petunia cariñosamente-. Tiene tantos amigos y es tan popular...

Harry suprimió una carcajada con dificultad. Los Dursley siempre fueron asombrosamente estúpidos en cuanto a lo que su hijo Dudley se refiere. Se tragaron todas sus mentiras acerca de que se iba a tomar té cada noche con los miembros de su banda. Pero Harry sabía perfectamente que Dudley no se iba a tomar té a ningún lado; él y su pandilla se pasaban cada tarde haciendo gamberradas en el parque, fumando en las esquinas de las calles y lanzando piedras a los coches que pasaban y a los niños. Harry los había visto durante sus paseos en Little Whinging; había estado la mayor parte del tiempo deambulando por las calles, buscando periódicos en los contenedores de basura dispuestos a lo largo de su recorrido.

La música de apertura que anunciaba el comienzo del telediario de las 7 de la tarde alcanzó los oídos de Harry, y su estómago resonó. Tal vez aquella noche, tras un mes de espera, sería la noche.

- Record de veraneantes llenan los aeropuertos de España, la huelga de los controladores de equipaje se halla en su segunda semana.

- Tomándose una larga siesta, es lo que yo haría –gruñó tío Vernon tras oír la frase del locutor, pero eso no importaba: fuera, en la mata de flores, el estómago de Harry pareció aflojarse. Si algo había ocurrido, seguramente habría sido la primera noticia; la muerte y la destrucción eran más importantes que unos viajeros parados.

Profirió una larga y lenta exhalación y se fijó en el brillante cielo azul. Cada día de aquél verano había sido lo mismo: la tensión, el ansia, el alivio temporal y, después, la tensión ascendente otra vez... Y, después, cada vez más insistente, la pregunta de por qué todavía no ha ocurrido nada.

Continuó escuchando, sólo en caso de que hubiera algún indicio, no reconocido por los Muggles, alguna extraña desaparición, quizá, o algún accidente extraño... Pero tras la noticia de la huelga de los controladores de equipaje, la siguió una sobre la sequía en el sudeste (“¡Espero que esté escuchando junto a la puerta!” -bramó tío Vernon. “¡Él, con sus aspersores encendidos a las tres de la mañana!”), después, un helicóptero que casi se estrella en un campo en Surrey; después, una famosa actriz se divorcia de su marido (“Como si nosotros estuviéramos interesados en sus sórdidos asuntos”, dijo tía Petunia, que había seguido el caso obsesivamente en cada revista en la cuál pudiera poner encima sus huesudas manos).

Harry cerró los ojos ante el resplandeciente cielo de la tarde, al mismo tiempo el locutor decía: - Y, finalmente, Bungy el periquito ha encontrado un novedoso método para mantenerse frío este verano. ¡Bungy, que vive en las Cinco Plumas, en Barnsley, ha aprendido a practicar el esquí acuático! Mary Dorkins ha acudido al lugar para saber más sobre el asunto.

Harry abrió los ojos. Si habían conseguido que un periquito practicara el esquí acuático, no había nada más digno de audiencia. Empezó a dar vueltas cuidadosamente hacia delante y se puso en cuatro patas, preparado para gatear bajo la ventana.

No se había movido ni tan siquiera 3 centímetros cuando ocurrieron varias cosas en una rápida sucesión.

Un ruidoso crack hizo eco y rompió el somnoliento silencio como un balazo; un gato salió corriendo como un rayo de debajo de un coche aparcado y desapareció de la vista; un alarido, un bramido y el sonido de la porcelana rota salieron de la ventana de la sala de estar de los Dursley, y, como se fuera la señal que Harry había estado esperando, dio un brinco al mismo tiempo que sacaba de la pretina de sus pantalones una varita de madera, como si desfundara una espada,

pero antes de poder levantarse por completo, su cabeza chocó contra la ventana abierta de los Dursley. El golpe hizo gritar a tía Petunia aún más estrepitosamente.

Harry sintió como si su cabeza se hubiera partido en dos. Con lágrimas en los ojos, se tambaleó, intentando concentrar la vista en la carretera para descubrir la procedencia del ruido, pero apenas se había puesto derecho cuando dos grandes manos púrpuras le alcanzaron a través de la ventana y se cerraron firmemente en torno a su cuello.

- ¡Guárdala! –gruñó tío Vernon en el oído de Harry- ¡Antes de que alguien la vea!

- ¡Suéltame! –jadeó Harry. Estuvieron forcejando durante algunos segundos. Harry tiraba de los dedos como chorizos de su tío con su mano izquierda. Con la derecha apretaba con fuerza su varita levantada; entonces, como el dolor de cabeza de Harry causó un particular y repugnante latido, tío Vernon gruñó y soltó a Harry como si hubiera recibido un electroshock. Alguna clase de fuerza invisible parecía haber surgido a través de su sobrino, haciéndole imposible de sujetar.

Jadeando, Harry cayó hacia delante sobre el arbusto de hortensias, se puso de pie y miró a su alrededor. No había ninguna señal de lo que había causado el sonoro y crujiente sonido, pero había varias caras entornando los ojos a través de diversas ventanas cercanas. Harry guardó rápidamente su varita en sus pantalones e intentó parecer inocente.

- ¡Bonita tarde! –gritó tío Vernon, haciendo gestos con las manos a la vecina del número 7, que los miraba encolerizadamente tras sus cortinas- ¿Ha oído el petardeo de ese coche ahora mismo? ¡A Petunia y a mí nos ha dado un buen susto!

Continuó riéndose burlonamente de una forma horrible y maníaca, hasta que todos los vecinos curiosos desaparecieron de sus ventanas. Entonces la risa burlona pasó a ser una mueca de furia tan pronto como llamó a Harry para que fuera hacia él.

Harry se acercó unos pocos pasos, teniendo cuidado de detenerse un poco antes del punto en el cual las extendidas manos de tío Vernon pudieran continuar su estrangulamiento.

- ¿Qué demonios significa eso, chico? –preguntó tío Vernon con una voz ronca que temblaba de furia.

- ¿Qué significa el qué? –dijo Harry fríamente. Siguió mirando de izquierda a derecha por toda la calle, aún con la esperanza de ver a la persona que hizo el ruido.

- Hacer un ruido similar al del disparo de una pistola.

- Yo no hice ese ruido –dijo Harry firmemente.

La delgada cara de tía Petunia, similar a la de un caballo, apareció junto a la ancha y sonrosada de tío Vernon. Ella parecía estar lívida.

- ¿Por qué estabas escondido bajo la ventana?

- ¡Eso es, bien dicho, Petunia! ¿Qué estabas haciendo bajo nuestra ventana, chico?

- Escuchar las noticias –dijo Harry con voz resignada.

Sus tíos se cambiaron miradas de asombro.

- ¡Escuchando las noticias! ¿Otra vez?

- Bueno, veras, cambian cada día –dijo Harry.

- ¡No te pases de listo conmigo, niño! Quiero saber exactamente qué es lo que te traes entre manos, ¡y no me digas más que estabas escuchando las noticias! Sabes perfectamente que tu mundo...

- Cuidado, Vernon –dijo tía Petunia, y tío Vernon bajó su voz tanto que Harry apenas podía oírla-. ¡Tú mundo no está en nuestras noticias!

- Eso es lo que vosotros creéis – dijo Harry.

Los Dursley le miraron con los ojos saltones durante unos segundos. Después, tía Petunia dijo: - Eres un pequeño mentiroso. ¿Qué hacen entonces todas esas –ella también bajó el tono de

su voz, y Harry tuvo que leer los labios a tía Petunia para adivinar la siguiente palabra- lechuzas si no te traen las noticias?

- ¡Ajá! –susurró tío Vernon con aire triunfal- ¡Sal de esa, chico! Como si no supiéramos que consigues todas tus noticias gracias a esos pájaros pestilentes.

Harry vaciló por un momento. Esta vez le costó un poco decir la verdad, si bien sus tíos posiblemente no sabían lo mal que se sentía al admitirlo.

- Las lechuzas... No me están trayendo noticias –dijo atonalmente.

- No me lo creo –dijo tía Petunia de inmediato.

- Yo tampoco –dijo tío Vernon enérgicamente.

- Sabemos que estás tramando algo raro –dijo tía Petunia.

- No somos estúpidos, ¿sabes? –dijo tío Vernon.

- Eso es una noticia para mí –dijo Harry, y antes de que los Dursley pudieran llamarle de nuevo, se dio la vuelta, cruzó el césped, saltó por encima del muro del jardín y se fue andando a zancadas por la calle. Esta vez se había metido en problemas, y él lo sabía. Más tarde tendría que enfrentarse con su tío y pagar el precio de su rudeza, pero por el momento eso no le importaba; tendría otras cosas más importantes en su cabeza.

Harry estaba seguro de que el sonido crujiente fue producido por alguien apareciendo y desapareciendo. Era exactamente el sonido que Dobby, el elfo doméstico, hacía cada vez que desaparecía. ¿Era posible que Dobby estuviera en Privet Drive? ¿Podría estar Dobby siguiéndole en ese mismo instante? En cuanto se le ocurrió ese pensamiento, se dio la vuelta y miró fijamente calle abajo, pero parecía completamente desierta y Harry estaba seguro de que Dobby no sabía cómo hacerse invisible.

Anduvo apenas consciente de la ruta que estaba tomando, por esas calles que tan asiduamente había recorrido últimamente que sus pies le llevaron a sus lugares predilectos automáticamente. Cada pocos pasos se volvía a mirar sobre su hombro. Algo mágico había estado cerca de él cuando estaba tumbado a lo largo de las agonizantes begonias de tía Petunia, estaba seguro de ello. ¿Por qué no habían hablado con él, por qué no habían establecido contacto, por qué se estaban escondiendo ahora?

Y después con su máximo sentimiento de frustración, estuvo cerca de escaparse.

Quizá no había sido un sonido mágico después de todo. Quizás estaba tan desesperado por cualquier signo de contacto del mundo al que pertenecía que estaba simplemente reaccionando desmesuradamente ante ruidos perfectamente ordinarios. ¿Podía estar seguro de que no había sido el sonido de algo rompiéndose en el interior de la casa de un vecino? Harry sintió un apagado presentimiento en su estómago y antes de darse cuenta, el sentimiento desesperado que había estado importunándole todo el verano, apareció de nuevo.

A la mañana siguiente se levantaría por la alarma a las cinco en punto y podría pagarle a la lechuza que le traía El Profeta, pero ¿había alguna razón para seguir obteniéndolo? Harry simplemente echaba una mirada a la portada antes de tirarlo a un lado como los demás días; cuando los idiotas que trabajaban en el periódico por fin se dieran cuenta de que Voldemort había vuelto, sería un titular de primera página, y eso era lo único de lo que tenía cuidado Harry.

Si fuera afortunado, habría también lechuzas trayendo cartas de Ron y Hermione, sus mejores amigos, con la expectativa de que sus cartas no le trajeran las noticias que habían llegado hasta ahora.

No podemos decir mucho sobre tú-ya-sabes-qué, obviamente... No hemos estado contando nada importante por si nuestras cartas van por mal camino... Estamos un poco ocupados pero no puedo darte detalles aquí... Está sucediendo una cosa importante, te lo contaremos todo cuando te veamos...

¿Pero cuándo iban a verle? Nadie se había referido a una fecha concreta. Hermione había garabateado “Espero que nos veamos muy pronto” en el interior de su tarjeta de cumpleaños, ¿pero pronto cuánto pronto era? Tan lejos como él podía traslucir de sus cartas, Hermione y Ron estaban en el mismo sitio, presumiblemente en la casa de los padres de Ron. Él apenas podía aguantar pensar en los divirtiéndose en La Madriguera mientras él estaba atrapado en Privet Drive. De hecho, estaba tan enfadado con los dos, que había tirado lejos, sin abrirlas siquiera, las dos cajas de chocolates Honeydukes que le habían enviado por su cumpleaños. Se había arrepentido luego, después de la marchita ensalada que tía Petunia había proporcionado para la pasada cena.

¿Y con qué estaban Ron y Hermione ocupados? ¿Por qué no estaba él, Harry, ocupado? ¿No había probado su capacidad de control mucho más que ellos? ¿Habían olvidado todo lo que él había hecho? ¿No había sido él quién había entrado en el cementerio y había visto a Cedric siendo asesinado, y había estado en esa lápida donde casi murió?

- No pienses eso -se dijo Harry a sí mismo con severidad por centésima vez en ese verano. Ya era suficientemente malo estar recordando el cementerio en pesadillas, sin tener que rememorarlos estando despierto también.

Giró en la esquina de Magnolia Crescent; a la mitad del camino pasó delante del estrecho callejón donde había visto a su padrino por primera vez. Sirius, al menos, parecía entender cómo se sentía Harry. Hay que admitir que sus letras estaban tan vacías de noticias como las de Ron y Hermione, pero al menos contenían palabras de precaución y consolación en lugar de atormentes indirectas: “Sé que esto debe ser frustrante para ti... No te metas en líos y todo estará bien... Ten cuidado y no hagas nada precipitado...”

Bien, pensó Harry, mientras cruzaba Magnolia Crescent, giraba hacia la calle Magnolia y se dirigía hacia el oscuro parque infantil, que él había hecho cuando Sirius le había dicho. Al menos había resistido la tentación de coger su baúl y su escoba y volar hasta La Madriguera solo. De hecho, Harry pensaba que su comportamiento había sido muy bueno considerando lo frustrado y enfadado que se sentía de haber estado atrapado en Privet Drive tanto tiempo, obligado a esconderse en arriates con la esperanza de oír algo que le indicara que Lord Voldemort estaba haciendo. Sin embargo, era un poco irritante que alguien que había estado en la prisión de los magos, Azkaban, escapado, intentado cometer el asesinato por el cuál había sido condenado la primera vez y huido con un hipogrifo robado, le dijera que no hiciera nada irreflexivo.

Harry saltó por encima de la puerta cerrada del parque y salió cruzando la reseca hierba. El parque estaba vacío como las calles de los alrededores. Cuando alcanzó los columpios se sentó en el único que Dudley y sus amigos no habían roto aún, pasó su brazo alrededor de la cadena y miró taciturno al suelo. No podría volver a esconderse en el arriate de los Dursley de nuevo. Mañana tendría que pensar en alguna manera fresca de escuchar las noticias. Mientras tanto, no había pensado en sus otras inquietudes, la perturbada noche, porque incluso cuando escapaba de las pesadillas de Cedric tenía inquietantes sueños sobre lagos y oscuros corredores, todos con la muerte al final y puertas cerradas con llave, que él suponía que tenían algo que ver con la sensación de atrapado que tenía cuando se despertaba. Algunas veces la vieja cicatriz en su frente le picaba incómodamente, pero él no era tan tonto como para contárselo a Ron, Hermione o Sirius, o como para suponer que ellos encontrarían eso interesante. En el pasado, su cicatriz le había dolido cuando Voldemort se estaba volviendo fuerte de nuevo, pero ahora Voldemort había vuelto y ellos pensarían que lo único que Harry intentaba era llamar la atención... Nada de qué preocuparse... Viejas noticias...

La injusticia era que todo brotaba de su interior, por eso él quería gritar con furia. ¡Si no hubiera sido por él, nadie habría sabido nunca que Voldemort había vuelto! Y su recompensa era estar atrapado en Little Whinging durante cuatro largas semanas, completamente fuera del mundo mágico, reducido a ocuparse de las agonizantes begonias para oír ¡cómo los periquitos hacían esquí acuático! ¿Cómo podía Dumbledore haberse olvidado de él tan fácilmente? ¿Por qué estaban Ron y Hermione juntos sin invitarle a estar con ellos? ¿Cuánto tiempo se suponía que tendría que aguantar a Sirius diciéndole que fuera un buen chico, o resistir a la tentación de escribir a El Profeta y contar que Voldemort había vuelto? Estos furiosos pensamientos giraban alrededor de la cabeza de Harry, y su interior se retorció de ira como una bochornosa y suave noche cayendo a su alrededor, el aire lleno del olor templado, malos gases, y el único sonido del retumbante ruido del tráfico de las calles cercanas al parque. No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado en el columpio cuando las voces de sus meditaciones fueron interrumpidas y miró hacia arriba. Las farolas de las calles de alrededor arrojaban una borrosa luz suficiente para apreciar la silueta de un grupo de gente haciendo su camino a través del parque. Uno de ellos iba cantando fuerte una canción grosera. Los otros iban riéndose. Un suave ruido vino de sus caras bicicletas de carreras.

Harry sabía qué personas eran. La figura al frente era inconfundiblemente la de su primo, Dudley Dursley, poniendo camino a casa acompañado de su fiel pandilla.

Dudley estaba más vasto que nunca, pero un año de dura dieta y el descubrimiento de un nuevo talento había trabajado un cambio en su psíquico. Tío Vernon contaba con gran placer a todo el que quisiera escucharle, que Dudley se había convertido recientemente en el Campeón Junior de Pesos Pesados de la Escuela de Boxeo del Sudeste. “El noble deporte”, como tío Vernon lo llamaba, había hecho a Dudley incluso más formidable que en sus días de escuela primaria. Harry no estaba ni remotamente asustado de su primo porque él no pensaba que fuera motivo de celebración que Dudley hubiera aprendido a dar puñetazos duramente y con más precisión. Los niños de los vecinos alrededor estaban aterrorizados de él, incluso más aterrorizados que de “ése chico Potter” quién, según ellos pensaban, estaba siendo atendido en el Centro de Seguridad San Bruto para Criminales Incurables.

Harry miraba las oscuras figuras cruzando la hierba y se preguntaba a quién habrían estado pegando esa noche, “Mirad alrededor”, Harry se encontró pensando y mirándoles. “Vamos... Mirad alrededor... Estoy sentado aquí solo... Vamos, mirad...”

Si los amigos de Dudley le veían sentado allí, seguramente se irían derechos hacia él, ¿y qué haría Dudley entonces? No querría perder su reputación delante de su pandilla, pero él había provocado terriblemente a Harry... Sería muy divertido ver el dilema de Dudley, mofarse de él, mirarlo, con su impotencia a responderle... y si alguno de los otros trataba de pegarle, Harry estaba preparado, tenía su varita. Dejemos que prueben... le encantaba dar rienda suelta a su frustración con los chicos que una vez habían hecho de su vida un infierno.

Pero ellos no miraron alrededor, no le vieron, pasaron por la verja. Harry dominó su impulso de llamarles... Buscar una pelea no sería nada inteligente... Él no debía usar magia... Podía ser expulsado.

Las voces de la pandilla de Dudley murieron lejos; estaban fuera de la vista, yendo a lo largo de la calle Magnolia.

“Ahí está, Sirius”, Harry pensó con desgana. “Nada precipitado. Manteniéndome sin meterme en lío. Exactamente lo opuesto a lo que tú has hecho”.

Se puso de pie y se estiró. Tía Petunia y tío Vernon parecían sentir que cualquier hora a la que Dudley volviera estaba bien, y cualquier momento después de esa hora era demasiado tarde. Tío Vernon había amenazado con encerrar a Harry en la alacena si él volvía a casa después que

Dudley otra vez, por eso, reprimiendo un bostezo, y todavía con el rostro ceñudo, saltó la puerta del parque.

La Calle Magnolia, como Privet Drive, estaba llena de grandes y cuadradas casas con jardines arreglados, todas propiedad de propietarios que conducían coches muy limpios igual que el de tío Vernon. Harry prefería Little Whinging de noche, cuando las cortinas asemejaban parches de brillantes colores en la oscuridad y él no corría peligro de escuchar desaprobatorios murmullos sobre su apariencia de “delincuente” cuando pasaba por delante de los inquilinos. Andaba rápido por eso, a medio camino la pandilla de Dudley apareció a la vista de nuevo, estaban despidiéndose a la entrada de Magnolia Crescent. Harry se paró a la sombra de una gran lila y esperó.

-... Chillando como un cerdito, ¿no? –decía Malcolm, riéndose a carcajadas con los otros.

- Buen gancho, Gran D –dijo Piers.

- ¿Mañana a la misma hora? –dijo Dudley.

- Pasad por mi casa, mis padres estarán fuera –dijo Gordon.

- ¡Adiós Dud!

- ¡Nos vemos, Gran D!

Harry esperó a que el resto de la pandilla se hubiera ido antes de seguir adelante. Cuando sus voces se habían desvanecido una vez más giró la esquina hacia Magnolia Crescent y andando muy rápido pronto acortó la distancia que lo separaba de Dudley, que estaba paseando con alivio, tarareando disonantemente.

- ¡Hey, Gran D!

Dudley se volvió.

- ¡OH! –gruñó-. Eres tú.

- ¿Desde cuándo eres Gran D? –dijo Harry.

- Cállate –gruñó Dudley, dándose la vuelta.

- Un nombre guay –dijo Harry, sonriendo de oreja a oreja y yendo al lado de su primo-

Pero tú siempre serás “Ickle Diddykins” para mí.

- ¡He dicho que TE CALLES! –dijo Dudley, cuyas manos como jamones se habían cerrado en sendos puños.

- ¿No saben los chicos cómo te llama tu mamá?

- Cállate la boca.

- A ella no le dices que cierre la boca. ¿Qué es de “Popkins” y “Dinky Diddydums”, los puedo usar entonces?

Dudley no dijo nada. El esfuerzo por mantenerse sin pegar a Harry le estaba llevando toda su fuerza de voluntad.

- ¿Y a quién habéis estado pegando esta noche? –preguntó Harry, desvaneciendo su amplia sonrisa- ¿Otro niño de diez años? Sé que a Mark Evans hace dos noches...

- Se lo buscó –gruñó Dudley.

- ¿Ah, sí?

- Fue descarado conmigo.

- ¿Sí? ¿Dijo que parecías un cerdo andando sobre sus patas traseras? Eso no es grosero, Dud, eso es la verdad.

Un músculo se movió incontrolablemente en la mandíbula de Dudley. Esto proporcionó a Harry la enorme satisfacción de saber lo furioso que estaba poniendo a Dudley; sintió que estaba desviando su propia frustración hacia su primo, el único desahogo que tenía.

Giraron a la derecha hacia abajo del estrecho callejón donde Harry había visto por primera vez a Sirius y que formaba un corte entre Magnolia Crescent y Wisteria Walk. Estaba vacío y

mucho más oscuro que las calles porque no había farolas. Sus pasos eran silenciosos entre las paredes de los garajes y la alta alambrada del otro.

- Te crees un gran hombre llevando esa cosa, ¿verdad? –dijo Dudley después de unos segundos.

- ¿Qué cosa?

- Esa cosa que estás escondiendo.

Harry sonrió de nuevo.

- No eres tan estúpido como pareces, ¿no? Pero supongo que si lo fueras, no podrías andar y hablar al mismo tiempo.

Harry sacó su varita. Vio a Dudley mirarla de reojo.

- No lo tienes permitido –dijo Dudley al instante-. Sé que no puedes. Serías expulsado de esa monstruosa escuela a la que vas.

- ¿Cómo sabes que no han cambiado las reglas, Gran D?

- No lo han hecho –dijo Dudley pensando que no sonaba completamente convencido.

Harry se rió suavemente.

- No tienes cojones para jugar contra mí sin esa cosa, ¿no? –dijo Dudley con un gruñido.

- Considerando que necesitas cuatro tíos detrás de ti antes de pegar a un niño de diez años, ¿sabes que el título de boxeo no puedes seguir manteniéndolo? ¿Qué edad tenía tu oponente? ¿siete? ¿ocho?

- Tenía dieciséis, para tu información –gruñó Dudley- y estuvo peleando veinte minutos antes de que acabara con él y era dos veces más pesado que tú. Tan sólo espera a que le cuente a papá que has sacado esa cosa...

- Corriendo con papito ahora, ¿no? ¿Está este genio de boxeo asustándose de la repugnante varita de Harry?

- No eres tan valiente en la noche, ¿verdad? –rió Dudley con cara de desprecio.

- Esta es la noche, Diddykins. Es como nosotros la llamamos cuando todo se pone oscuro así.

- ¡Me refiero a cuando estás en la cama! –Dudley gruñó.

Él había parado de andar. Harry se paró también, mirando fijamente a su primo.

Con la poca luz que les llegaba podía vislumbrar la gran cara de Dudley, extrañamente triunfante.

- ¿Qué quieres decir, que no soy valiente cuando estoy en la cama? –dijo Harry, completamente pasmado- ¿A qué se supone que tengo que tenerle miedo, a las almohadas o algo así?

- Te escuché la pasada noche –dijo Dudley entrecortadamente-. Hablando mientras dormías. Gimiendo.

- ¿Qué quieres decir? –repitió Harry, pero con una sensación fría en su estómago. Había visitado el cementerio en sueños la pasada noche.

Dudley se rió estridentemente, luego adoptó una aguda lloriqueante voz.

- “¡No mates a Cedric! ¡No mates a Cedric!” ¿Quién es Cedric? ¿Tu novio?

- Yo, estás mintiendo –dijo Harry automáticamente. Pero su boca estaba ahora seca. Sabía que Dudley no estaba mintiendo. ¿Qué más sabría sobre Cedric?

- “¡Papá! ¡Ayúdame papá! ¡Va a matarme, papá! ¡Boo hoo!”

- Cállate –dijo Harry pausadamente-. ¡Cállate, Dudley, te lo advierto!

- “¡Ven y ayúdame papá! ¡Mamá, ven a ayudarme! ¡Ha matado a Cedric! ¡Papá ayúdame! Va a...” ¡No apuntes esa cosa hacia mí!

Dudley retrocedió hasta la pared del callejón. Harry estaba apuntando su varita directamente al corazón de Dudley. Harry podía sentir sus catorce años de odio hacia Dudley en sus venas. ¿Por qué no le daba ahora su merecido?

- No vuelvas a hablarme de eso nunca más –dijo Harry con un gruñido-. ¿Me has entendido?

- Apunta esa cosa para otro lado.

- He dicho “¿Me has entendido?”

- Apunta para otro lado.

- ¿ME HAS ENTENDIDO?

- PON ESA COSA LEJOS DE...

Dudley hizo un jadeo raro, estremecido, como si hubiera sido sumergido en agua helada.

Algo pasó en la noche. El desparramo de estrellas sobre el cielo azul añil, se volvió de repente en un campo negro, y las luces (las estrellas, la luna y las farolas) desaparecieron. El ronroneo lejano de los coches y el murmullo de los árboles se había ido. La templada tarde se volvió de repente penetrante y fría. La oscuridad a su alrededor era total, impenetrable, silenciosa, como si una mano gigante hubiera dado sombra al callejón entero, dejándoles ciegos.

Por una décima de segundo Harry pensó que había hecho magia sin proponérselo, a pesar de que había estado resistiéndolo con todas sus fuerzas –después la razón llegó a sus oídos- él no tenía el poder para apagar las estrellas. Giró su cabeza y miró a ambos lados, intentando ver algo, pero la oscuridad presionaba sus ojos como un pesado velo.

La aterrizada voz de Dudley irrumpió en la oreja de Harry.

- ¿Qué estás haciendo? ¡Páralo!

- ¡No estoy haciendo nada! ¡Cállate y no te muevas!

- ¡No puedo ver! ¡Me he quedado ciego! Yo...

- ¡He dicho que te calles!

Harry se levantó girando sus ojos de derecha a izquierda. El frío era tan intenso que estaba tiritando; la piel se le había puesto de gallina y los pelos de la nuca se le habían erizado. Abrió sus ojos todo lo que podía, mirando a ciegas alrededor, sin ver nada.

No era posible... Ellos no pueden estar aquí... No en Little Whinging...

Agudizó sus oídos... Podría oírlos antes de verlos...

- ¡Se lo diré a papá! –lloriqueó Dudley- ¿Dónde estás? ¿Qué estás ha...

- ¿Te callarás? –siseó Harry- Estoy tratando de escu...

Pero se calló. Acababa de escuchar lo que se estaba temiendo.

Había algo aparte de ellos en el callejón, alguien con sus traqueteantes, roncós alientos. Harry sintió una horrible sacudida y se levantó temblando en el frío aire.

- ¡Para eso! ¡Deja de hacer eso! ¡Te pegaré! ¡Lo juro!

- Dudley, calla...

WHAM

Un puño hizo contacto en un lado de la cabeza de Harry, haciéndole caer. Pequeñas blancas luces aparecieron delante de sus ojos. Por segunda vez en una hora Harry sintió como si su cabeza se hubiera partido en dos; al momento siguiente, había aterrizado en el duro suelo y su varita había volado fuera de su alcance.

- ¡Imbécil! –Harry gritó, sus ojos nublados por el golpe mientras se frotaba sus rodillas y manos, sintiéndose desesperado en la negrura.

Escuchó a Dudley golpear la alambreada del callejón y dar un traspíe.

- ¡DUDLEY VUELVE! ¡ESTÁS CORRIENDO DERECHO HACIA ESO!

Hubo un horrible chillido y los pasos de Dudley pararon. Al mismo tiempo, Harry sintió deslizarse un frío helado detrás de él, lo que sólo significaba una cosa. Había más de uno.

- ¡DUDLEY MANTÉN TU BOCA CERRADA! ¡HAGAS LO QUE HAGAS MANTÉN TU BOCA CERRADA! ¡Varita! –Harry murmuró desesperadamente, con sus manos volando sobre el suelo como arañas- ¿Dónde... Varita... Vamos ¡Lumos!

Dijo el hechizo automáticamente, desesperado porque la luz pudiera ayudarle en su búsqueda –y con alivio y sorpresa, centellas luminosas salieron de su mano derecha- la punta de la varita se había prendido. Se le revolvió el estómago.

Una figura dominante, con capucha, estaba deslizándose suavemente hacia él, quedándose suspendido en el suelo, ningún pie o cara era visible bajo sus túnicas, chupando en la noche.

Tropezando hacia atrás, Harry levantó su varita.

- ¡Expecto patronum!

Una voluta de vapor plateada salió de la punta de la varita y el Dementor se entorpeció, pero el hechizo no había trabajado bien; tropezando con sus propios pies, Harry se alejó del Dementor, el pánico nublaba su cerebro “concéntrate...”.

Un par de grises, escuálidas y costrosas manos emergieron del interior de las túnicas del Dementor, avanzando hacia él. Un apresurado ruido llenó los oídos de Harry.

- ¡Expecto patronum!

Su voz sonó débil y distante. Otra voluta de humo plateado, más débil que el anterior, brotó de su varita –no podía hacer nada más, no podía hacer que el hechizo funcionara.

Hubo una risa en el interior de su cabeza, estridente y aguda... Podía oler el aliento pútrido, frío como la muerte del Dementor llenando sus propios pulmones, ahogándolo... “piensa... algo feliz...”.

Pero no había ninguna felicidad en su interior. Los gélidos dedos del Dementor se estaban cerrando alrededor de su garganta, la aguda risa estaba creciendo más y más fuerte, una voz hablaba en el interior de su cabeza: “Hazle una reverencia a la muerte, Harry... No habrá dolor... No sabría... Nunca he muerto...”

No volvería a ver a Ron y Hermione nunca más...

Y sus caras estallaron claramente en su cabeza y peleó por respirar.

- ¡EXPECTO PATRONUM!

Un ciervo plateado enorme salió de la punta de la varita de Harry; sus astas se clavaron en el sitio donde el Dementor debía tener el corazón; lo lanzó lejos, tan pesado como la oscuridad, y cuando el ciervo volvió a la carga, el Dementor se abalanzó lejos, como un murciélago derrotado.

- ¡POR AQUÍ! –Harry gritó al ciervo. Dándose la vuelta, corrió a toda velocidad por el callejón, agarrando la luz que arrojaba su varita- ¿DUDLEY? ¡DUDLEY!

Había corrido apenas una docena de pasos cuando les alcanzó: Dudley estaba acurrucado en el suelo, sus brazos le cubrían la cara. Un segundo Dementor estaba agazapado encima de él, agarrando sus muñecas con sus escuálidas manos, presionándolas lentamente, casi amorosamente, descendiendo su capucha delante de la cara de Dudley para darle el Beso.

- ¡CÓGELO! –chilló Harry, y con un apresurado y fuerte sonido, el ciervo plateado que él había conjurado fue galopando hacia él. La cara sin ojos del Dementor estaba a menos de 3 cm. de la cara de Dudley cuando un asta plateada lo capturó; la cosa fue lanzada al aire y, como su compañero, planeó lejos y fue absorbido en la oscuridad; el ciervo galopó hasta el final del callejón y se disolvió en una neblina plateada.

La luna, las estrellas y las farolas volvieron a la vida. Una brisa templada barrió el callejón. Los árboles se agitaban en los jardines vecinos y el rumor de los coches en Magnolia Crescent llenaron el aire de nuevo.

Harry se levantó con todos sus sentidos vibrando todavía, volviéndose abruptamente a la normalidad. Después de un momento, fue consciente de que su camiseta le estaba pegada; estaba bañado de sudor.

No podía creer lo que acababa de pasar. Dementores, allí, en Little Whinging.

Dudley yacía acurrucado en el suelo, lloriqueando y agitándose. Harry se agachó para ver si estaba en condiciones de levantarse, pero entonces oyó un fuerte ruido, pasos corriendo detrás de él. Instintivamente levantó su varita de nuevo, aguardando al recién llegado.

La Sra. Figg, su vieja y chiflada vecina, apareció de pronto. Su canoso pelo gris escapaba de su moño, una bolsa de la compra estaba balanceándose en su muñeca y en sus pies llevaba sus zapatillas de andar por casa. Harry intentó esconder rápidamente su varita, pero...

- ¡No guardes eso, niño idiota! –chilló ella- ¿Qué pasa si hay más de ellos por aquí cerca? ¡Oh, voy a matar a Mundungus Fletcher!

CAPÍTULO II

PICOTAZOS DE LECHUZA

- ¿Qué? –dijo Harry con la mirada vacía.

- Él se fue –dijo la Sra. Figg, retorciéndose las manos-. Irse para ver algo sobre una remesa de calderos que caen detrás de una escoba. Le dije que lo iba a despellejar vivo si se iba, ¡y ahora mira! ¡Dementores! ¡Eres afortunado de que yo pusiera al señor Tibbles en la caja! Pero nosotros no tuvimos tiempo para mirar alrededor. Vamos, ahora, ¡tenemos que llevarte de vuelta! Oh, ¡el problema que esto va a causar! ¡Lo voy a matar!

- Pero... –la revelación de que su anciana vecina, obsesionada por los gatos, conociera a los Dementores fue casi un shock tan grande para Harry como encontrarse con dos de ellos en el callejón-. Tú eres... ¿Tú eres una bruja?

- Yo soy una Squib, y Mundungus lo sabe muy bien, ¿cómo diablos supone que iba a ayudarte a luchar contra los Dementores? Te dejó a ti completamente sin protección cuando le avisé...

- Este Mundungus ¿es el que me está siguiendo? Espera, ¡era él! Él desapareció de enfrente de mi casa.

- Sí, sí, sí, pero afortunadamente yo dejé al señor Tibbles en una caja debajo del coche, y el señor Tibbles vino a avisarme, pero en el momento que yo llegué a tu casa, tú te habías ido, y ahora... ¡Oh, qué va a decir Dumbledore! Tú –gritó a Dudley, aún sentado en el suelo de la calle- ¡Levanta tu gordo trasero del suelo, rápido!

- ¿Conoces a Dumbledore? –dijo Harry mirándola fijo.

- Por supuesto que conozco a Dumbledore, ¿quién no conoce a Dumbledore? Pero vamos, no seré de mucha ayuda si ellos vuelven. Yo nunca conseguí nada más que transfigurar una bolsa de té.

Se inclinó hacia abajo, agarró uno de los brazos abultados de Dudley con sus manos arrugadas y tiró.

- Levántate, bulto inútil, levántate.

Pero Dudley o bien podía o no quería moverse. Permanecía en la tierra temblando con su cara amarilla y con su boca muy firmemente cerrada.

- Yo lo haré –dijo Harry tomando el extremo del brazo de Dudley y levantó. Con un esfuerzo enorme él se las arregló para ponerlo de pie. Dudley parecía estar a punto de desmayarse. Sus pequeños ojos estaban dando vueltas en sus órbitas y el sudor rebordeaba en su cara. Al momento que Harry lo soltó, Dudley se tambaleó peligrosamente.

- Deprisa –dijo la señora Figg histéricamente.

Harry tiró de uno de los brazos abultados de Dudley y se lo colocó alrededor de sus propios hombros arrastrándolo hacia el camino, cediendo levemente bajo el peso. La señora Figg tambaleaba delante de ellos, mirando con fijeza ansiosamente alrededor de la esquina.

- Mantén tu varita fuera –dijo a Harry cuando entraron en Wisteria Walk-. Olvidémonos del estatuto de discreción ahora. Esto se convertirá en un infierno de todas maneras. Debemos tener tanto cuidado como si llevásemos un huevo de dragón.

- Hablar sobre restricción de magia a los menores de edad... era exactamente esto a lo que Dumbledore temía... ¿Qué es eso al final de la calle? Oh, es el señor Prentice... No escondas tu varita, chico, ¿no te vengo repitiendo que yo soy inservible?

No era nada fácil sostener la varita firmemente y arrastrar a Dudley al mismo tiempo. Harry dio a su primo un impaciente golpe en las costillas, pero parecía que Dudley había perdido todo deseo de movimiento independiente. Se recostó sobre los hombros de Harry, arrastrando sus grandes pies por el suelo.

- ¿Por qué no me dijo que era una Squib, señora Figg? –preguntó Harry, jadeando por el esfuerzo de seguir andando-. Todas las veces que iba a su casa, ¿por qué no me dijo nada?

- Órdenes de Dumbledore. Tenía que vigilarte pero no podía decirte nada, eras demasiado joven. Lo siento, pasaste una temporada miserable, Harry, pero los Dursley nunca hubieran consentido que vinieras si sospechaban que te divertías. No era fácil, lo sé... pero oh, por Dios... –dijo trágicamente, retorciendo sus manos- cuando Dumbledore escuche esto –cómo Mundungus se fue, él tenía la obligación de estar aquí hasta medianoche- ¿dónde está? ¿Cómo puedo explicar a Dumbledore lo que ha pasado? No puedo aparecer.

- Tengo una lechuza, se la puedo prestar –Harry gimió, preguntándose si su columna vertebral no se partiría en dos con el peso de Dudley.

- ¡Harry, no lo entiendes! Dumbledore tiene que actuar lo más rápido posible, el Ministerio tiene sus propios medios para detectar la magia de los menores de edad, ellos ya lo deben saber, acuérdate de mis palabras.

- Pero me estaba salvando de los Dementores, tenía que usar magia, seguramente van a estar más preocupados acerca de lo que hacían Dementores por la calle Wisteria.

- Oh, cariño, me gustaría que así fuera, pero tengo miedo. ¡MUNDUNGUS FLETCHER, TE VOY A MATAR!

Hubo un fuerte crujido, y un intenso olor a bebida mezclado con tabaco añejo llenó el aire cuando un hombre regordete sin afeitar, con un abrigo hecho andrajos se materializó delante de ellos. Tenía piernas cortas, estevado, extraño pelo color jengibre y los ojos inyectados en sangre y con unas bolsas que le daban a su mirada un aspecto de triste sabueso hambriento. Además agarraba un paquete plateado que Harry reconoció inmediatamente como una capa invisible.

- ¿Figgy? –dijo mirando fijamente a la señora Figg, Harry y Dudley- ¿Qué sucedió? ¿Por qué no permanecen dentro de sus casas?

- ¿Que por qué no estamos dentro? –gritó la señora Figg- ¡Dementores, tu, inútil y escurridizo ladrón!

- ¿Dementores? –repitió Mundungus horrorizado- ¿Dementores aquí?

- ¡Sí, aquí, un montón de excremento de murciélago, aquí! –chilló la señora Figg- Dementores que atacaron al muchacho en tu guardia.

- Estúpido –dijo Mundungus débilmente mirando a la señora Figg, luego a Harry, y otra vez a la señora Figg- Estúpido, yo...

- Y usted comprando calderas robadas ¿no le dije que no fuera? ¿No lo hice?

- Yo... bueno, yo –Mundungus pareció profundamente incómodo-. ¿Era... era una oportunidad de negocio muy buena?

La Sra. Figg levantó el brazo del cual colgaba su bolso, lo descolgó y golpeó a Mundungus en el cuello y en la cara, por el ruido metálico que esta provocaba se podría decir que era comida para gatos.

- Ouch, basta, basta.

- Usted viejo murciélago loco, alguien debe decirle a Dumbledore sobre ellos. ¡Si – alguien - debe! –gritaba la señora Figg haciendo golpear el bolso de la comida para gatos en cada pedacito de Mundungus que ella podía alcanzar- ¡Y – quién – mejor – que – tú - para – decirle – porque – no – estabas – ahí – para – ayudar!

- Mantente afuera –dijo Mundungus poniendo sus manos sobre su cabeza- ¡Lo haré! ¡Lo haré!

Y con otro crujido estrepitoso desapareció.

- ¡Espero que Dumbledore lo asesine! –dijo la Sra. Figg furiosa- Ahora vamos Harry, ¿qué estás esperando?

Harry decidió no perder el aliento que le quedaba en decir que apenas podía caminar debajo del peso de Dudley. Él jaló a Dudley semiconsciente y lo escalonó hacia delante.

- Los llevaré hasta la puerta –dijo la Sra. Figg cuando dieron vuelta en Privet Drive-. En caso de que haya más de ellos alrededor... oh, cielos, que catástrofe... y tuviste que luchar solo... y Dumbledore nos dijo que no deberías hacer magia a toda costa... Bueno, mejor no llorar sobre la poción derramada... Supongo... solamente que el gato estará ahora entre los duende.

- ¿Entonces –Harry jadeó- Dumbledore... me tenía... vigilado?

- Por supuesto –dijo la Sra. Figg impaciente- ¿Contabas con que te dejaría vagar por aquí, después de lo que sucedió en Junio?, Santo Dios, muchacho, me dijeron que eras inteligente... a la derecha... entra y quédate allí –dijo mientras que alcanzaron el número 4- Espero que alguien se ponga en contacto contigo bastante pronto.

- ¿Qué va a hacer usted? –preguntó Harry rápidamente.

- Iré directo a casa. Buenas noches.

- ¡Aguarde, no se vaya todavía! Quiero saber...

Pero la señora Fig. ya se había alejado.

- ¡Espera! –gritó Harry detrás de ella. Tenía un millón de preguntas que hacer a cualquier persona que estuviera en contacto con Dumbledore; pero en unos segundos la oscuridad se tragó a la señora Figg. Dudley seguía recargado en su hombro y de un manera lenta y dolorosa Harry continuó su trayectoria por el jardín número cuatro.

La luz del pasillo estaba encendida. Harry guardó la varita dentro del cinturón de sus pantalones, tocó el timbre y el contorno de la tía Petunia creció más grande y más grande extrañamente torcido por el cristal de la puerta delantera.

- ¡Diddy! Justo a tiempo. Ya me estabas... ¿Qué ocurre?

Harry miraba de lado a Dudley y le quitó su brazo interior justo a tiempo. Dudley se sacudió por un momento sobre el terreno, su cara se volvió verde pálido, después abrió su boca y vomitó todo sobre la estera de la puerta.

- ¡DIDDY! Diddy, ¿qué te pasa? ¿Vernon? ¿VERNON?

El tío de Harry vino corriendo desde el living, resoplando su bigote de morsa como hacía siempre que estaba agitado. Rápidamente se apresuró a ayudar a tía Petunia con Dudley que estaba arrodillado en el umbral mientras evitaba el charco de vómito.

- ¡Está enfermo, Vernon!

- ¿Qué es hijo? ¿Qué ha pasado? ¿Te dio la señora Polkiss algo extraño para el té?

- ¿Por qué estás cubierto de suciedad cariño? ¿Te has caído al suelo?

- Espera, ¿no habrás sido atacado, verdad hijo?

Tía Petunia gritó.

- ¡Llama a la policía, Vernon! ¡Llama a la policía! ¡Diddy, cariño, háblale a mami! ¿Qué te han hecho?

Con el jaleo parecía que nadie se había dado cuenta de Harry, que lo aprovechó perfectamente. Intentó entrar dentro antes de que tío Vernon cerrase de golpe la puerta y, mientras los Dursley hacían su ruidoso progreso hacia la cocina, Harry se dirigió lenta y cuidadosamente hacia las escaleras.

- ¿Quién te lo hizo, hijo? Dame nombres. Yo los cogeré no te preocupes.

- ¡Shh! Está intentando decir algo, Vernon. ¿Qué es Diddy? ¡Díselo a mami!

El pie de Harry estaba en el escalón más bajo de la escalera cuando Dudley recuperó la voz.

- Él.

Harry se quedó congelado al pie de la escalera, su cara se arrugó, preparado para la explosión.

- ¡CHICO! ¡VEN AQUÍ!

Con un sentimiento entre el terror y la ira, Harry sacó lentamente su pie de la escalera y giró para ir donde los Dursley.

La escrupulosamente limpia cocina tenía un viejo e irreal brillo después de la oscuridad de fuera. Tía Petunia estaba acomodando a Dudley en una silla; él estaba verde y calmado, mirando. Tío Vernon se paró enfrente del escurridor, mirando a Harry a través de sus pequeños y estrechos ojos.

- ¿Qué le has hecho a mi hijo? –dijo en un amenazador gruñido.

- Nada –dijo Harry, sabiendo perfectamente bien que el tío Vernon no le creía.

- ¿Qué te ha hecho, Diddy? –dijo tía Petunia con la voz temblorosa, ahora limpiando vómito del frente de la chaqueta de lana de Dudley- ¿Qué es... es lo–que–tu–ya–sabes, cariño? ¿Él ha usado esa cosa?

Lentamente, temblando, Dudley asintió.

- ¡No lo hice! –dijo Harry agudamente. Tía Petunia soltaba un lamento y tío Vernon levantó sus puños-. ¡No le hice nada a él! No fui yo, fueron...

Pero en ese preciso momento una lechuza entró a través de la ventana de la cocina. Pasó esquivando por poco la parte de arriba de la cabeza de tío Vernon, se elevó a través de la cocina y soltó en los pies de Harry el gran pergamino que llevaba en su pico, se dio vuelta graciosamente y sus alas rozaron la tapa del refrigerador, entonces apuntó hacia fuera y cruzó el jardín.

- ¡LECHUZAS! –gritó tío Vernon, la vena de su sien latiendo furiosamente, y cerró las ventanas de la cocina de un golpe- ¡LECHUZAS OTRA VEZ, NO TENDRÉ MÁS LECHUZAS EN MI CASA!

Pero Harry rasgaba el sobre y sacaba la carta. Su corazón estaba en alguna parte de la región de la nuez.

Estimado Sr. Potter:

Hemos recibido noticias de que usted invocó el hechizo Patronus a las 21:33 esta tarde en una zona habitada de Muggles, y en presencia de un Muggle.

La gravedad de esta infracción del decreto para la restricción razonable de magia en menores ha dado como resultado su expulsión de la escuela Hogwarts de Magia y Hechicería. Los representantes del Ministerio llamarán en su domicilio pronto para destruir su varita.

Como usted ya ha recibido una advertencia oficial por una ofensa anterior bajo sección 13 de la confederación internacional del estatuto de Warlocks del secreto, lamentamos informarle que su presencia será requerida en una audiencia disciplinaria en el Ministerio de magia el 20 de Agosto, a las 9 a.m.

Espero que este bien

Sinceramente

*Mafalda Hopkirk
Oficina de Uso Incorrecto de la Magia
Ministerio de Magia*

Harry leyó la carta por segunda vez. Estaba poco consciente de lo que estaban hablando tío Vernon y tía Petunia. En su cabeza todo era helado y entumecido. Un hecho había penetrado su conciencia como un dardo paralizante. Lo habían expulsado de Hogwarts. Todo había terminado. Nunca iba a volver.

Miró a los Dursley. Tío Vernon tenía la cara morada, gritando, todavía sus puños estaban levantados; tía Petunia tenía los brazos alrededor de Dudley, que estaba sintiendo náuseas de nuevo.

Harry se quedó momentáneamente paralizado, pero su cerebro parecía reanimarse.

Los representantes del Ministerio llamarán a su domicilio pronto para destruir su varita. Había solo una cosa que podía hacer. Tendría que correr, ahora. ¿Adónde iría? Harry no lo sabía, pero estaba seguro de una cosa: en Hogwarts o fuera del colegio necesitaba su varita. Como si estuviese soñando sacó su varita y dio vuelta para salir de la cocina.

- ¿Dónde crees que vas? –gritó tío Vernon. Pero cuando Harry no respondió, corrió a través de la cocina para bloquear la puerta del pasillo-. ¡No terminé contigo, muchacho!

- Quítate del camino –dijo Harry tranquilamente.

- Te vas a quedar aquí y vas a explicar qué le pasó a mi hijo.

- Si no sales de mi camino me voy a deshacer de ti... –dijo Harry levantando su varita.

- ¡Tú no me puedes hacer nada! –gruñó tío Vernon- ¡Sé que no tienes permitido usarla, llamaré a ese manicomio que llamas escuela!

- El manicomio me ha expulsado –dijo Harry-. Así que, puedo hacer lo que yo quiera, tienes 3 segundos... 1, 2...

Un CRACK resonó en la cocina. La tía Petunia gritó. El tío Vernon estaba oculto y agachado pero Harry buscaba por tercera vez en esa noche la fuente de un disturbio que él no había producido. Lo vio enseguida, un búho deslumbrado y rizado que miraba del granero se sentaba afuera en el travesaño de la cocina, apenas chocando con la ventana cerrada.

Ignorando el grito de “LECHUZAS” del tío Vernon, Harry cruzó el cuarto rápidamente y abrió la ventana. La lechuza desplegó una pata a la cual llevaba atada un pequeño rollo de pergamino, sacudió sus alas y se detuvo un momento mientras Harry tomaba la carta y desplegaba el segundo mensaje, que estaba escrito de una forma muy precipitada con tinta negra.

Harry:

Dumbledore recién llegó al Ministerio y está intentando arreglar todo. NO ABANDONES LA CASA DE TU TÍA Y TÍO. NO HAGAS MÁS MAGIA. NO ENTREGUES TU VARITA.

Arthur Weasley.

Dumbledore estaba intentando arreglar todo... ¿Qué quiso decir? ¿Cuánto poder necesitaba Dumbledore para anular lo del Ministerio de Magia? ¿Entonces, había una posibilidad para volver a Hogwarts? Una pequeña esperanza floreció en el pecho de Harry, y casi inmediatamente fue estrangulado por el pánico. ¿Cómo se suponía que debía impedir que le quitaran su varita mágica, sin hacer magia? Él tendría un duelo con los representantes del Ministerio, y si hacía eso tendría suerte de evitar ir a Azkaban, dejando sólo lo de la expulsión.

Su mente volaba... Podría escapar para evitar todo y correr el riesgo de ser capturado por el Ministerio, o permanecer ahí y esperarlos para que lo encontrasen. Era mucho más osado desde el curso anterior, pero sabía que el Sr. Weasley tenía las mejores intenciones... Y después de todo, Dumbledore había arreglado antes cosas mucho, mucho peores que esto.

- Bien –dijo Harry-, he cambiado de idea, me quedo.

Se arrojó debajo de la mesa de la cocina y encaró a Suddley y la tía Petunia. Los Dursley se sorprendieron del abrupto cambio de mentalidad. La tía Petunia echó un vistazo con desesperación al tío Vernon. La vena morada estaba palpitando peor que nunca.

- ¿De quién son todas estas lechuzas rubicundas? –gruñó.

- La primera era del Ministerio de Magia, expulsándome –dijo con calma Harry. Agudizaba sus oídos para captar cualquier ruido del exterior, en caso de que los representantes del Ministerio se acercaran, y por esto era más fácil contestar silenciosamente las preguntas de tío Vernon que hacerlo comenzar a rabiar-. La segunda era del papá de mi amigo Ron, que trabaja en el Ministerio.

- ¿Ministerio de Magia? –bramó el tío Vernon- ¡Gente como tú en el gobierno! Ah, esto explica todo, todo, nada asombroso, el país se va a ir a los caños.

Cuando Harry no respondió, el tío Vernon lo miró airadamente, y luego escupió:

- ¿Y por qué has sido expulsado?

- Porque hice magia.

- ¡AHA! –rugió el tío Vernon, pegando su puño de golpe sobre la parte superior del refrigerador, que resultó abierto. Varios de los bocados de pocas calorías de Dudley fueron derribados y estrellaron en el suelo-. ¡Entonces lo admites! ¿Qué le hiciste a Dudley?

- Nada –dijo Harry, cada vez con menos calma-. Ese no era yo...

- Era –murmuró Dudley de improviso, y el tío Vernon y la tía Petunia instantáneamente hicieron gestos a Harry mientras ambos se inclinaron sobre Dudley.

- Continúa, hijo –dijo el tío Vernon-, ¿qué hizo?

- Dinos, querido –susurraba la tía Petunia.

- Me apuntó con su varita mágica –masculló Dudley.

- Sí, lo hice, pero no la usé –comenzó Harry con ira-, pero...

- ¡CÁLLATE! –rugieron el tío Vernon y la tía Petunia al unísono.

- Continúa, hijo –repetió el tío Vernon, mientras soplaba el bigote con furia.

- Todo estaba oscuro –dijo Dudley con voz ronca, estremeciendo-. Todo oscuro. Y luego e-escuché... cosas... adentro d-de mi cabeza.

El tío Vernon y la tía Petunia cambiaron miradas de completo horror. Si la cosa que menos les gustaba en el mundo era la magia –estrechamente seguida por los vecinos que no acataban la prohibición de la manguera- la gente que oía voces estaban definitivamente entre las últimas diez. Ellos obviamente pensaron que Dudley estaba perdiendo la cordura.

- ¿Qué tipo de cosas, Popkin? –suspiró la tía Petunia muy blanca y con lágrimas en los ojos.

Pero Dudley parecía incapaz de decirlo. Él tembló otra vez y sacudió su grande y rubia cabeza, y a pesar de sentir un miedo aturdidor que tenía asentado Harry desde la llegada de la primera lechuza, él sintió cierta curiosidad. Los Dementores causaban que una persona reviviera los peores momentos de su vida. ¿Que habría sido lo que forzaron a Dudley escuchar?

- ¿Cómo te caíste al suelo, hijo? –dijo tío Vernon, con una voz tranquila, el tipo de voz que podría adoptar al lado del lecho de una persona muy enferma.

- D-Disparado –dijo Dudley inestable-, y entonces –él gesticuló en su enorme pecho. Harry lo entendía. Dudley recordaba el frío húmedo que llenó sus pulmones mientras que la esperanza y la felicidad fueron aspiradas fuera de él-, horrible –titubeó Dudley-, frío. Realmente frío.

- De acuerdo –dijo tío Vernon, con una voz forzada, mientras que tía Petunia puso una mano ansiosa en la frente de Dudley para sentir su temperatura- ¿Qué sucedió entonces, Dudders?

- Sentí... sentí... sentí... como si... como si...

- Como si nunca más fueras a volver a ser feliz –sugirió Harry sordamente.

- Sí –Dudley susurró, todavía temblando.

- Entonces –dijo tío Vernon, con la voz restaurada al volumen completo y considerable mientras que se enderezaba-, tú pusiste algún tipo de encantamiento chiflado en mi hijo para que él oyera voces y creyera que fue... ¿fue condenado a la miseria, o algo así? ¿No es cierto?

- ¿Cuántas veces tengo que decirles? –dijo Harry de mal genio y ambos se levantaron-. ¡No era yo! ¡Eran un par de Dementores!

- ¿Un par de... qué cosa?

- De–men–to–res –dijo Harry lenta y claramente- dos de ellos.

- ¿Y qué demonios son los Dementores?

- Custodian la prisión de magos, Azkaban –dijo tía Petunia.

Dos segundos de silencio siguieron estas palabras antes de que tía Petunia cubriera su boca como si ella hubiera tenido un resbalón y hubiera dicho una palabrota. Tío Vernon la miró sin comprender. El cerebro de Harry daba giros. La señora Figg era una cosa, pero ¿Tía Petunia?

- ¿Cómo sabe eso? –preguntó asombrado.

Tía Petunia parecía absolutamente horrorizada consigo. Echó un vistazo a tío Vernon un poco temerosa, después bajó su mano levemente para revelar sus dientes de caballo.

- Oí... a ese odioso muchacho... decirle a ella sobre ellos años atrás –dijo ella nerviosamente.

- Si te refieres a mi mamá y papá... ¿por qué no utiliza sus nombres? –dijo Harry en voz alta, pero tía Petunia no le hizo caso. Parecía horriblemente frustrada.

Harry se quedó atontado. A excepción de un arrebato hace años, en el cual tía Petunia había gritado que la madre de Harry había sido un fenómeno, él nunca la había oído mencionar a su hermana. Se quedó asombrado de que ella recordara ese trocito de información sobre el mundo mágico desde hacía tanto tiempo, cuando normalmente pone todas sus energías en fingir que no existe.

Tío Vernon abrió su boca, la cerró, la abrió una vez más, volvió a cerrarla, y aparentemente tratando de recordar como hablar, la abrió por tercera vez, y dijo:

- Entonces... entonces... ellos... eh... ellos... ¿realmente existen los Demente-como sea?

Tía Petunia asintió.

Tío Vernon miraba de tía Petunia a Dudley, de Dudley a Harry como si esperara que alguien fuera a gritar “¡Día de los inocentes!” Cuando nadie lo hizo, él abrió su boca otra vez, pero interrumpió la lucha para encontrar más palabras por la llegada de la tercera lechuza de la tarde. Que pasó por la todavía abierta ventana como un cañón, una bola plumosa aterrizó con un estruendo confuso en la mesa de la cocina, haciendo a los tres Dursley saltar con el estruendo. Harry rasgó un segundo sobre oficial que tenía en el pico la lechuza y lo rasgó mientras que la lechuza salía y se retiraba en la noche.

- Suficiente de ruidosos búhos –murmuró tío Vernon distraído, deteniéndose frente a la ventana y cerrándola de golpe.

Estimado Sr. Potter:

Agregando esta carta a la de hace aproximadamente veintidós minutos, el Ministerio de Magia ha revisado su decisión para destruir su varita inmediatamente. Usted puede conservar su varita hasta su audiencia disciplinaria el 20 de Agosto, en cuyo caso será tomada una decisión oficial.

Después de la discusión con el director de la escuela Hogwarts de Magia y Hechicería, el Ministerio ha convenido que la cuestión de su expulsión también será decidida en aquella fecha. Usted debe por lo tanto considerado suspendido de investigaciones posteriores pendientes de la escuela.

Con gran afecto

Sinceramente

Mafalda Hopkirk

Oficina de Uso Incorrecto de la Magia

Ministerio de Magia

Harry leyó esta letra tres veces más. El nudo desgraciado en su pecho se aflojó con el alivio de saber que no sería expulsado definitivamente todavía, aunque sus miedos más profundos no se desvanecieron de ninguna manera. Todo dependía de esta audiencia del 20 de Agosto.

- ¿Bien? –dijo tío Vernon, recordando Harry sus alrededores- ¿Ahora qué? ¿Te han condenado a cualquier cosa? ¿Tienen la pena de muerte? –agregó como pensamiento esperanzado.

- Tengo que ir a una audiencia –dijo Harry.

- ¿Y allí te condenarán?

- Eso supongo.

- Entonces, todavía tengo esperanzas.

- Bueno, si eso es todo –dijo Harry, poniéndose de pie. Necesitaba desesperadamente estar solo, pensar, tal vez mandar una carta a Ron, Hermione o Sirius.

- ¡NO, NO PARA NADA ES TODO! –gritó tío Vernon-. ¡SIÉNTATE OTRA VEZ!

- ¿Ahora qué? –dijo Harry impaciente.

- ¡DUDLEY! –bramó tío Vernon-, ¡quiero saber exactamente lo que le pasó a mi hijo!

- BIEN –gritó Harry. Con mal humor y chispas rojas y doradas se dispararon de la punta de su varita, que todavía sujetaba en sus manos. Los tres Dursley titubearon aterrorizados.

- Dudley y yo estábamos en el callejón entre Magnolia Crescent y Wisteria Walk –dijo Harry hablando rápido, luchando por controlar su temperamento- Dudley se quiso hacer el listo conmigo y yo empuñé mi varita, pero no la usé, en eso los Dementores nos rodearon.

- ¿Pero qué SON los dementoides? –preguntó tío Vernon furioso- ¿Qué es lo que HACEN?

- Te lo diré –dijo Harry- ellos te roban la felicidad, y si tienen oportunidad te besan.

- ¿Te besan? –dijo tío Vernon entornando sus ojos- ¿Besarte?

- Así le llaman cuando sacan tu alma por la boca.

Tía Petunia hizo una mueca como de un grito silencioso.

- ¿Su alma? Ellos no tomaron su... él todavía tiene su...

Ella tomó a Dudley por los hombros y lo sacudió como verificando si ella podía escuchar su alma resonando dentro.

- Por supuesto ellos no absorbieron su alma, ustedes lo sabrían si lo hubieran hecho –dijo Harry exasperado.

- Peleaste contra ellos, eh hijo –dijo tío Vernon, con la apariencia de un hombre que se esforzaba por llevar la conversación de regreso a un plano que pudiera entender-. ¿Les diste el viejo uno-dos, no?

- No le puedes dar a un Dementor el viejo uno-dos –dijo Harry entre dientes.

- ¿Por qué Dudley está bien entonces? –riñó tío Vernon- ¿por qué no está vacío entonces?

- Porque usé el Patronus...

WHOOSH con un repiqueteo, un zumbido de alas y una suave caída de polvo, una cuarta lechuza entró disparada de la chimenea.

- POR EL AMOR DE DIOS –rugió tío Vernon, arrancándose grandes partes del bigote, algo que él no había hecho desde hacía mucho tiempo- NO TENDRÉ LECHUZAS AQUÍ, NO TOLERARÉ MÁS ESTO, TE LO ADVIERTO –pero Harry ya estaba desatando el pedazo de pergamino de la pata de la lechuza.

Estaba muy convencido de que la carta sería de Dumbledore, explicándolo todo –los Dementores, la Sra. Figg, porque el Ministerio había intervenido (así lo entendí); como él, Dumbledore había arreglado todo- que por primera vez en su vida se sintió decepcionado al ver la letra de Sirius. Ignorando el regaño de tío Vernon acerca de las lechuzas y su mirada mezquina hacia la segunda nube de polvo que la última lechuza había desprendido de la chimenea, Harry leyó el mensaje de Sirius: Arthur nos contó lo sucedido. No dejes la casa de nuevo. Hagas lo que hagas.

Harry encontró esto como una respuesta inadecuada a todo lo que había sucedido esa noche y dio la vuelta al pergamino, buscando el resto de la carta, pero no había nada más.

Y ahora su temperamento se agitó de nuevo. ¿No iba nadie a decirle “bien hecho” por haber peleado con dos Dementores él solo? Tanto el Sr. Weasley como Sirius estaban actuando como si pensaran que él se había comportado mal, y estaban ahorrando sus palabras hasta que pudieran asegurarse cuánto daño había sido hecho.

- Un montón, quiero decir, una cuadrilla de lechuzas entrando y saliendo de mi casa. No lo aceptaré, chico, no lo haré...

- No puedo impedir que las lechuzas vengan –estalló Harry, arrugando la carta de Sirius en su puño.

- Quiero la verdad de lo sucedido esta noche –ladró tío Vernon- si fueron Dementores los que hirieron a Dudley, ¿cómo hiciste para repelerlos? Hiciste ya-sabes-qué, ¡lo has admitido!

Harry respiró profunda y pausadamente. Su cabeza empezaba a dolerle de nuevo. Lo único que quería era salir de la cocina y alejarse de los Dursley.

- Hice el encantamiento Patronus para ahuyentar a los Dementores –dijo forzándose a sí mismo a mantener la calma-. Es lo único que funciona contra ellos.

- Pero, ¿qué estaban haciendo Dementores en Little Whinging? –dijo tío Vernon en tono injurioso.

- No podría decirlo –dijo Harry enfadado-. No tengo idea.

Su cabeza estaba latiendo en la cicatriz con forma de rayo. Su enfado estaba menguado. Se sentía agotado, exhausto. Los Dursley estaban todos mirándolo fijo a él.

- Eres tú –dijo tío Vernon bruscamente- Eso tiene algo que ver contigo, niño, lo sé. ¿Por qué otra cosa podrían estar ellos rondando por aquí? ¿Por qué más podrían estar ellos en es callejón? ¡Tú eres el único... el único –evidentemente no podía pronunciar la palabra “mago”- el único ya-sabes-qué en kilómetros!

- No sé por qué ellos estaban aquí.

Pero las palabras de tío Vernon volvieron a activar el exhausto cerebro de Harry. ¿Por qué los Dementores habían venido a Little Whinging? ¿Cómo podría ser coincidencia que habían llegado al callejón donde estaba Harry? ¿Habían sido mandados? ¿Habían perdido el Ministerio de Magia el control sobre los Dementores? ¿Habían estos desertado de Azkaban y se habían unido a Voldemort, como Dumbledore supuso que harían?

- ¿Esos “Desmembradores” custodian una prisión de raros? –preguntó el tío Vernon avanzando pesadamente en la estela de los pensamientos de Harry.

- Sí –dijo Harry.

Si solo la cabeza parara de dolerle, si pudiera marcharse de la cocina e ir a su oscura habitación a pensar...

- ¡Oho! ¡Vienen a arrestarte! –dijo tío Vernon con el aire triunfante de un hombre que a alcanzado una indiscutible conclusión-. Es eso, ¿verdad chico? ¡Estás huyendo de la ley!

- Por supuesto que no –dijo Harry sacudiendo su cabeza como si ahuyentara a una mosca, ahora su mente estaba corriendo aceleradamente.

- ¿Entonces por qué?

- Él debe haberlos enviado –dijo Harry tranquilamente más para sí mismo que para el tío Vernon.

- ¿Qué es eso? ¿Quién debe haberlos enviado?

- Lord Voldemort –dijo Harry.

Se dio cuenta confusamente de lo extraño que era que los Dursley, quienes se encogían de miedo, se estremecían y chillaban cuando oían palabras como “mago”, “magia” o “varita”, pudieran escuchar el nombre del mago más malvado de todos los tiempos sin mostrar temor.

- Lord... aguarda –dijo tío Vernon, mientras su cara se iluminaba con un comienzo de entendimiento en sus ojos de cerdito- Yo he oído ese nombre... ese fue el que...

- Asesinó a mis padres, sí –dijo Harry con voz apagada.

- Pero se ha ido –dijo tío Vernon impacientemente, con insignificancia, como si el asesinato de los padres de Harry fuera un desagradable tópico-. El gigante lo dijo así. Se ha ido.

- Ha vuelto –dijo Harry pesadamente.

Se sentía muy extraño estando allí en la quirúrgicamente limpia cocina de la tía Petunia, al lado del frigorífico, hablando tranquilamente de Lord Voldemort con el tío Vernon. La llegada de los Dementores a Little Whinging parecía haber abierto el gran e invisible muro que dividía el mundo no mágico de Privet Drive y el mundo de más allá, las dos vidas de Harry se habían fusionado y todos se habían vuelto patas arriba; los Dursley preguntaban por detalles del mundo mágico y la Señora Figg conocía a Albus Dumbledore; los Dementores rondaban Little Whinging y él podría no regresar nunca a Hogwarts. La cabeza de Harry palpó más dolorosamente.

- ¿Ha vuelto? –susurró tía Petunia.

Estaba mirando a Harry como nunca lo había hecho antes. Y de repente, por primera vez en su vida, Harry apreció a su tía como la hermana de su madre. No sabía decir por qué esto le golpeó tanto en ese momento. Todo lo que sabía era que él no era la única persona en la habitación que tenía indicios de lo que la vuelta de Lord Voldemort podía significar. Tía Petunia nunca en la vida lo había mirado de ese modo. Sus largos y pálidos ojos (que no eran como los de su hermana) no estaban estrechados de ira, estaban muy abiertos de terror. El furioso fingimiento que tía Petunia había mantenido sobre la vida de Harry –que no había magia y no existía otro mundo que el que ella habitaba con el tío Vernon- parecía haberse ido.

- Sí –dijo Harry, hablando ahora directamente a tía Petunia-. Él ha vuelto hace un mes. Yo lo vi.

Las manos de tía Petunia se encontraban sobre los macizos hombros vestidos de cuero de Dudley y los apretaron.

- Espera –dijo tío Vernon, mirándolos alternativamente, primero a uno y luego a otro, aparentemente mareado y aturdido por el entendimiento sin precedentes de que algo había surgido entre ellos dos-. Espera. Tú dices que ese Lord Voldycosa ha vuelto.

- Sí.

- Ése que asesinó a tus padres.

- Sí.

- ¿Y ahora está enviando “desmembradores” contra ti?

- Eso parece –dijo Harry.

- Veo –dijo tío Vernon, mirando desde la cara blanca de su esposa a Harry y acomodando sus pantalones-. Bueno, eso lo arregla –dijo, su remera estaba tan inflada como él-, te puedes ir de esta casa, chico. Me escuchaste... FUERA –rugió tío Vernon e incluso tía Petunia y Dudley saltaron- ¡FUERA! ¡Debería haberlo hecho hace años! Lechuzas tomando su lugar como uno más en la casa, budines explotando, medio salón destrozado, la cola de Dudley, Marge agitándose en el techo y ese Ford Anglia volador... ¡FUERA! ¡FUERA! ¡Te lo has buscado! ¡Eres historia! No te quedarás aquí si hay algún loco que está detrás de ti, no pondrás en riesgo a mi esposa y a mi hijo, no nos darás problemas. Si sigues el mismo camino que tus inútiles padres, ya tuve suficiente, ¡FUERA!

Harry se quedó arraigado a la alfombra. Las cartas del Ministerio, el Sr. Weasley y Sirius estaban en su mano derecha. Hagas lo que hagas, no dejes la casa. NO DEJES LA CASA DE TUS TÍOS.

- Ya me has oído –dijo tío Vernon, su maciza y púrpura cara acercándose a Harry que sentía como le salpicaba la saliva-. ¡Vete yéndote! ¡Tienes que marcharte en media hora! ¡Vete y nunca traspases esta puerta otra vez! Por qué te hemos mantenido en primer lugar, no lo sé, Marge tenía razón, tendrías que haber ido a un orfanato. Nosotros tenemos bastante con lo nuestro, pensamos que podríamos hacerte un lugar, pensamos que podríamos volverte normal, pero tú has vuelto al principio y yo ya tengo suficiente... ¡lechuzas!

La quinta lechuza bajó por la chimenea tan rápido que se golpeó contra el suelo antes de salir volando por el aire. Harry levantó su mano para tomar la carta, que tenía un sobre escarlata, pero ésta voló por encima de su cabeza directamente hacia tía Petunia, que empezó a gritar y puso los brazos sobre la cara. La lechuza puso el sobre rojo en su cabeza, se dio la vuelta y salió por la chimenea.

Harry intentó acercarse a tomar la carta, pero tía Petunia le golpeó.

- Puedes abrirla si quieres –dijo Harry-, pero oíré lo que dice de todos modos. Es un Vociferador.

- Déjalo Petunia –rugió tío Vernon- ¡No lo toques, podría ser peligroso!
- Está dirigida a mí –dijo tía Petunia con voz temblorosa- ¡Está dirigida a mí, mira Vernon! “Sra. Petunia Dursley, La cocina, número 4, Privet Drive”.

Tía Petunia contuvo el aliento, horrorizada. El sobre rojo comenzó a echar humo.

- ¡Ábrelo! –urgió Harry- Sucederá de todos modos.

- No.

Las manos de tía Petunia estaban temblando. Miró alrededor de la cocina como buscando una ruta de escape, pero era demasiado tarde, el sobre ardió en llamas. Tía Petunia gritó y lo alejó.

Una horrorosa voz llenó la cocina, resonando en el reducido espacio desde la ardiente carta que estaba en la mesa.

-Recuerda lo último, Petunia.

Tía Petunia parecía como si fuera a desmayarse. Se sentó en la silla al lado de Dudley, con la cara entre las manos. Los restos del sobre ardían sin llamas entre las cenizas en silencio.

- ¿Qué es esto? –dijo tío Vernon con voz ronca- ¿Qué, Petunia?

Tía Petunia no dijo nada. Dudley estaba mirando estúpidamente a su madre con la boca abierta. El silencio era horrible. Harry estaba observando a su tía, totalmente perplejo, su cabeza latiendo.

- Petunia, ¿cariño? –dijo tío Vernon tímidamente- ¿P-Petunia?

Ella levantó la cabeza. Estaba aún temblando. Estaba atragantada.

- El chico... el chico debe quedarse, Vernon –dijo débilmente.

- ¿Qué?

- Se queda –dijo. No estaba mirando a Harry. Se puso de pie de nuevo.

- Él... pero Petunia...

- Si lo echamos, los vecinos hablarán –dijo ella. Rápidamente había recuperado su habitual energía, sus vigorosas maneras, aunque estaba todavía muy pálida-. Harán preguntas, querrán saber dónde se ha ido. Tenemos que dejarlo aquí.

Tío Vernon estaba desinflado como un viejo neumático.

- Pero, Petunia, querida...

Tía Petunia lo ignoró. Se volvió hacia Harry.

- Debes quedarte en tu habitación –dijo- No dejes la casa. Ahora vete a la cama.

Harry no se movió.

- ¿Quién envió el Vociferador?

- No hagas preguntas –soltó tía Petunia.

- ¿Estás en contacto con los magos?

- Te dije que te vayas a la cama.

- ¿Qué significaba? ¿Recuerda el último qué?

- ¡A la cama!

- ¿Cómo...?

- ¡YA HAS OÍDO A TU TÍA, VETE AHORA A LA CAMA!

CAPÍTULO III

LA GUARDIA AVANZADA

“He sido atacado por Dementores y puedo ser expulsado de Hogwarts. Quiero saber qué está pasando y cuándo me voy a ir de aquí.”

Harry copió estas palabras en 3 piezas separadas de pergamino en el momento en que llegó al escritorio de su oscura recámara. La primera la dirigió a Sirius, la segunda a Ron y la tercera a Hermione. Su búho, Hedwing, estaba de cacería; su jaula se hallaba vacía en el escritorio. Harry paseó en su habitación esperando a que ella regresara, con su cabeza palpitándole con fuerza, su cerebro demasiado ocupado como para dormir aunque sus ojos le picaban de cansancio. Su espalda le dolía por cargar a Dudley de regreso a casa, y los 2 bultos en su cabeza donde la ventana y Dudley le había pegado le latían dolorosamente.

De un lado a otro paseó, consumido en enojo y frustración, rechinando sus dientes y apretando sus puños, lanzando miradas furiosas afuera en el cielo vacío, lleno de estrellas cada vez que pasaba por la ventana. Dementores mandados a capturarlos, la señora Figg y Mundungus Fletcher cuidándoles las espaldas en secreto, después su suspensión de Hogwarts y su juicio en el Ministerio de Magia, y aún nadie le decía qué estaba ocurriendo.

¿Y de qué, de qué había hablado el Vociferador? ¿De quién era la voz que había resonado horriblemente, tan amenazante, a través de la cocina? ¿Por qué seguía atrapado aquí sin información? ¿Por qué el mundo lo estaba tratando como un niño travieso? No hagas más magia, quédate en casa...

Pateó el baúl escolar cuando pasó cerca de él, pero lejos de calmar su enojo se sintió peor, ahora tenía un dolor agudo en el dedo del pie con el que lidiar, en adición del dolor del resto de su cuerpo.

Justo cuando paseaba cojeando por la ventana, Hedwing entró con un suave susurro de sus alas como un fantasma pequeño.

- ¡Justo a tiempo! –gruñó Harry, cuando ella aterrizaba ligeramente en lo alto de su jaula-. ¡Ya puedes dejar eso abajo, tengo trabajo para ti! -Los ojos largos, redondos y ambarinos de Hedwing lo miraron reprochándole con una rana muerta en su pico-. Ven acá –dijo Harry tomando los 3 pequeños pedazos de pergamino y una correa de cuero y atando los manuscritos a su pata-. Llévale esto directamente a Sirius, Ron y Hermione y no regreses sin una respuesta larga. Picotéalos si es necesario hasta que hayan escrito respuestas de un largo decente. ¿Entiendes?

Hedwing ahogó un ululeo, con su pico aun lleno con la rana.

- Ve, pues –dijo Harry.

Se marchó inmediatamente. En el momento en que se fue, Harry se tumbó en su cama sin desvestirse y miró fijamente al techo. En conjunto con cualquier otro sentimiento miserable, ahora se sentía culpable de haber estado irritable con Hedwing; ella era el único amigo que Harry tenía en el número 4, Privet Drive. Pero se disculparía con ella cuando regresara con las respuestas de Sirius, Ron y Hermione.

Debían responder rápidamente, no podían ignorar un ataque de Dementores. Probablemente se despertaría mañana con 3 cartas gordas llenas de simpatía y con planes para su inmediato arribo a la Madriguera. Y con esa reconfortante idea, se durmió, sofocando cualquier otro pensamiento.

Pero Hedwing no regresó a la mañana siguiente. Harry pasó el día en su habitación, saliendo solo para ir al baño. Tres veces al día, tía Petunia empujó comida hacia su cuarto a través de la solapa que tío Vernon había instalado hace 3 veranos en su puerta. Cada vez que Harry la escuchaba aproximarse la trató de cuestionar acerca del Vociferador, pero era igual que preguntarle al pomo de la puerta. Harry no veía razones para forzarlos a estar en su compañía; otra pelea podría lograr solo que se enfadara y que hiciera más magia ilegalmente.

Así pasaron 3 días enteros. Harry estaba lleno alternativamente con una energía inquietante que le hacía imposible concentrarse en nada, durante los cuales se paseó por su habitación de nuevo, furioso con todos ellos por dejarlo en ese desastre, y con apatía que podía quedarse una hora completa, mirando aturdido al espacio, con pánico de pensar en el juicio del Ministerio.

¿Qué pasaría si le dictaran sentencia en contra de él? ¿Qué pasaría si era expulsado y si su varita era partida a la mitad? ¿Qué haría, a dónde iría? No podía vivir con los Dursley tiempo completo, no ahora que conocía el otro mundo, al cual él pertenecía ¿... Era posible que fuera capaz de mudarse a la casa de Sirius, como había sugerido hace un año, antes de que se viera forzado a huir del Ministerio? ¿Le sería permitido vivir ahí solo, dado que él aún era menor de edad? ¿O el hecho de donde iría después sería decidido por él? ¿Sería su infracción del Estatuto Internacional del Secretismo lo bastante severo para que lo llevaran a una celda en Azkaban? Cada vez que este pensamiento ocurría, Harry invariablemente se deslizaba de su cama y empezaba a pasear de nuevo.

La cuarta noche después de la partida de Hedwing, Harry estaba tumbado en una de sus fases patéticas, mirando el techo, su mente cansada en blanco, cuando su tío entró a su habitación. Harry miró lentamente hacia él. Tío Vernon tenía puesto su mejor traje y con una cara de engreído.

- Vamos a salir –dijo.
- ¿Perdón?
- Nosotros, es decir, tu tía, Dudley y yo, vamos a salir.
- Bien –dijo Harry viendo de nuevo al techo.
- No debes salir de tu habitación mientras estamos fuera.
- Está bien.
- No debes tocar la televisión, el estéreo o cualquiera de nuestras posesiones.
- Correcto.
- No debes robar comida del refrigerador.
- Está bien.
- Voy a cerrar con llave tu habitación.
- Haces eso.

Tío Vernon miró con furia a Harry, claramente sospechando de su carencia de argumento, después salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él. Harry oyó la llave dando vuelta a la cerradura y los pasos de Vernon bajando pesadamente las escaleras. Pocos minutos después escuchó las puertas del coche cerrarse de golpe, el gruñido del motor y el inconfundible ruido del carro curvando fuera del camino.

Harry no tenía ningún sentimiento particular acerca de que los Dursley se fueran. No había diferencia para él si estaban o no en casa. No podía ni convocar un poco de energía para levantarse y prender la luz de su recámara. La oscuridad de la habitación creció constantemente alrededor de él cuando escuchaba los sonidos de la noche a través de la ventana que mantenía abierta todo el tiempo esperando el bendito momento cuando Hedwing regresara.

La casa vacía crujió alrededor de él. Las tuberías gorgotearon. Harry reposaba ahí en una especie de aturdimiento, pensando en nada, suspendido en la miseria. Y después, completamente distinto, escuchó un estrépito abajo en la cocina.

Él se sentó erguido, concentrándose en escuchar. Los Dursley no podían haber regresado, era muy pronto, y en todo caso debió de haber escuchado el carro.

Hubo un silencio por unos pocos segundos, luego voces.

Ladrones, pensó deslizándose sobre la cama y poniéndose de pie, pero un segundo después se le ocurrió que los ladrones guardarían silencio, y quienes quiera que se estuvieran moviendo alrededor de la cocina seguramente no se estaban preocupando por hacerlo.

Tomó su varita de la mesita junto a su cama y se paró frente a la puerta de su habitación, escuchado todo lo que podía. Un momento después, brincó cuando el cerrojo dio un fuerte clic y su puerta se abrió.

Harry se quedó inmóvil, mirando fijamente a través de la puerta hacia el oscuro rellano de las escaleras, forzando a sus oídos a escuchar nuevos sonidos, pero no hubo ninguno. Dudó por un momento y después se movió rápida y silenciosamente fuera de su cuarto hacia las escaleras.

Su corazón se disparó hacia arriba de su garganta. Había personas paradas en el sombrío salón de abajo, perfilados por la luz de la calle brillando a través de la puerta de vidrio; ocho o nueve de ellos, todos, todo lo lejos que podía ver, lo estaban observando.

- Baja tu varita, niño, antes de que le saques un ojo a alguien –dijo una voz baja y en un gruñido.

El corazón de Harry estaba latiendo incontrolablemente. Conocía esa voz, pero no bajó su varita.

- ¿Profesor Moody? –dijo inseguro.

- No sé mucho de ser “Profesor” –gruñó la voz-. Nunca di mucha enseñanza ¿o sí? Ven acá abajo, queremos verte apropiadamente.

Harry bajó su varita ligeramente pero no relajó su fuerza, no se movió. Tenía una buena razón para sospechar. Recientemente había pasado nueve meses en los cuales había pensado que estaba con el verdadero Moody solo para saber que no estaba con el correcto, sino con un impostor; un impostor, además, que trató de matar a Harry después de que fue descubierto. Pero antes de que hubiera tomado una decisión acerca de lo que iba a hacer, una segunda voz, ligeramente ronca flotó hacia arriba.

- Todo está bien, Harry. Hemos venido a llevarte.

El corazón de Harry saltó. También conocía aquella voz, aunque no la hubiera escuchado por más de un año.

- ¿P-Profesor Lupin? –dijo incrédulo- ¿Es usted?

- ¿Por qué estamos todos en la oscuridad? –dijo una tercera voz, ésta completamente desconocida, de una mujer-. ¡Lumos!

La punta de una varita se encendió, iluminando el salón con una luz mágica. Harry parpadeó. La gente de abajo estaba reunida al pie de las escaleras, mirándolo fijamente, algunos estirando el cuello para una mejor vista.

Remus Lupin estaba cerca de él. Aunque todavía era joven, Lupin se veía cansado y bastante enfermo, tenía más cabello gris que cuando le había dicho adiós, y su túnica estaba más remendada y raída que nunca. Sin embargo, seguía sonriendo ampliamente a Harry, que trataba de devolverle la sonrisa a través de su impresión.

- ¡Oooh, se ve justamente como pensé que se vería! –dijo la bruja que estaba sosteniendo su varita encendida. Parecía la más joven de ahí, tenía una cara pálida en forma de corazón,

brillantes ojos oscuros, y cabello pequeño y picudo que tenía una violenta tonalidad violeta-. ¡Hola, Harry!

- Sí, ya veo a lo que te refieres, Remus –dijo un mago negro y calvo parado hasta atrás, tenía una voz profunda y lenta y tenía un aro en su oreja-. Es igual a James.

- Excepto los ojos –dijo en un resoplido un mago con cabellos plateados que se encontraba atrás-. Los ojos de Lily.

Ojo-Loco Moody, que tenía cabello entrecano y un pedazo grande le faltaba en la nariz, veía a Harry a través de sus ojos diferentes. Uno de ellos era pequeño, oscuro y brillante; el otro largo, redondo y de un azul eléctrico, el ojo mágico que podía ver a través de las paredes, puertas y nuca del propio Moody.

- ¿Estás seguro que es él, Lupin? –gruñó- Sería una linda perspectiva si lleváramos a algún Mortífago que se hiciera pasar por él. Debemos preguntarle algo que solamente el verdadero Potter sabría. ¿A menos que alguien traiga algo de Veritaserum?

- Harry, ¿qué forma toma tu Patronus? –dijo Lupin.

- Un ciervo –dijo nerviosamente Harry.

- Es él, Ojo-Loco –dijo Lupin.

Harry bajó las escaleras, muy conciente de que todos seguían mirándolo, mientras guardaba su varita en el bolsillo trasero de sus pantalones.

- ¡No te pongas la varita ahí, niño! –gruñó Moody-. ¿Qué pasaría si se prende? ¡Mejor mago que tener un trasero perdido, tu sabes!

- ¿A quién conoces que haya perdido su trasero? –la mujer de cabello violeta le preguntó a Ojo-Loco interesada.

- ¡No te importa, solo mantén alejada tu varita de tu bolsillo trasero! –gruñó Ojo-Loco-. Seguridad elemental de la varita, nadie se preocupa por eso ya... –se dio la vuelta hacia la cocina- Y vi eso –añadió irritado, cuando la mujer torció los ojos hacia el techo.

Lupin tomó su mano y se la estrechó.

- ¿Cómo estás? –preguntó viendo de cerca de Harry.

- B-Bien...

Harry no podía creer que esto fuera real. Cuatro semanas sin nada, ni la más pequeña pista de un plan para llevárselo de Privet Drive, y de pronto un grupo de magos estaban parados tranquilamente en la casa como si fuera un orden muy antigua. Miró a la gente que rodeaba a Lupin, todos estaban observándolo ávidamente. Se sintió muy consciente de que no se había peinado el cabello en cuatro días.

- Soy... son muy afortunados de que los Dursley están afuera... –murmuró.

- ¡Afortunados, ja! –dijo la mujer con el cabello violeta-. Fui yo la que los sacó de la casa. Mande una carta por correo Muggle que decía que habían sido invitados al Concurso del Césped mejor cuidado de toda Gran Bretaña. En este momento están en camino a la entrega de premios, o al menos piensan que van.

Harry tuvo una visión fugaz de la cara de tío Vernon cuando descubriera que no hay ningún Concurso del Césped mejor cuidado de toda Gran Bretaña.

- ¿Nos vamos a ir, o no? –preguntó-. ¿Pronto?

- Muy pronto –dijo Lupin-. Solo estamos esperando la señal de que no hay moros en la costa.

- ¿Adónde vamos? ¿La Madriguera? –preguntó Harry esperanzado.

- No, La Madriguera no –dijo Lupin, indicando a Harry que fuera a la cocina; el pequeño grupo de magos los siguieron, todos aún viendo a Harry curiosamente- Está tomando un tiempo...

Ojo-Locho Moody estaba ahora sentado en la mesa de la cocina bebiendo de petaca, con su ojo mágico dando vuelta en todas direcciones, viendo los objetos que les ahorran trabajo a los Dursley.

- Este es Alastor Moody, Harry –Lupin continuó, apuntando hacia Moody.

- Sí, ya lo sé –dijo Harry incómodo; se le hacía extraño ser presentado con alguien que ya conocía hacía un año.

- Y esta es Nymphadora...

- No me llames Nymphadora, Remus –dijo la bruja joven estremeciéndose-. Es Tonks.

- Nymphadora Tonks, que prefiere ser conocida solo por su apellido –finalizó Lupin.

- Igual que tú, si una madre tonta te hubieran llamado Nymphadora a ti –susurró Tonks.

- Y este es Kingsley Shacklebolt –indicó al mago alto y negro, el cual hizo una reverencia-. Elphias Dodge –el mago con la voz como un resoplido asintió-. Dedalus Diggle...

- Ya nos conocíamos –chilló excitado Diggle, tirando su sombrero de copa.

- Emmeline Vance –una bruja con mirada contemplativa vistiendo un chal de color verde esmeralda inclinó su cabeza-. Sturgis Podmore –un mago de mandíbula cuadrada con cabello espeso color paja le guiñó un ojo-. Hestia Jones –una bruja al lado del tostador con mejillas rosadas y cabello color negro lo saludó.

Harry inclinó su cabeza torpemente cuando cada uno de ellos fue presentado. Deseó que no lo miraran a él y que miraran otra cosa, era como se de pronto lo hubieran presentado en un escenario. También se preguntaba por qué había tantos de ellos ahí.

- Un número sorprendente de personas se ofrecieron para venir y llevarte –dijo Lupin, como si hubiera leído la mente de Harry, las esquinas de su boca se movieron ligeramente.

- Sí, bueno, mientras más, mejor –dijo Moody oscuramente-. Somos tus guardianes, Potter.

- Sólo estamos esperando la señal que nos indique que es seguro que nos marchemos –dijo Lupin echando un vistazo a la ventana de la cocina con gran interés-. Tenemos cerca de quince minutos.

- Muy limpios estos Muggles ¿no? –dijo la bruja llamada Tonks que veía alrededor de la cocina con gran interés-. Mi papá es un Muggle y es un viejo patán. Supongo que varía, igual que con los magos...

- Eh... sí –dijo Harry-. Miren –volteó a ver a Lupin-. ¿Qué está pasando? No he sabido nada de nadie, ¿Qué está haciendo Vol...?

Varios de los magos y brujas hicieron sonidos raros, Dedalus Diggle tiró su sombrero de nuevo.

- ¡Cállate! –gruñó Moody.

- ¿Qué? –dijo Harry.

- No vamos a discutir nada aquí, es muy arriesgado –dijo Moody, viendo con su ojo normal a Harry, su ojo mágico seguía mirando el techo-. Maldición –dijo enojado poniéndose la mano en el ojo mágico-. Sigue pegándose, desde que esa escoria lo usó.

Y con un asqueroso chapoteo que sonaba más a un destapador de caño destapando un baño, se sacó el ojo.

- Ojo-Locho, ¿qué no sabes que eso es repugnante? –dijo Tonks coloquialmente.

- ¿Podrías darme un vaso con agua, Harry? –preguntó Moody.

Harry fue hasta el lavavajillas, tomó un vaso limpio y lo llenó con agua de la llave, aún siendo observado por el grupo de magos. Su mirada implacable estaba empezando a irritarlo.

- Gracias –dijo Moody cuando Harry le llevó el vaso. Dejó el ojo mágico en el vaso con agua, empujándolo arriba y abajo; el ojo dio vueltas, viéndolos a todos-. Quiero una visibilidad de 360 grados en nuestro viaje de regreso.

- ¿Cómo llegaremos, a dónde quiera que vayamos? –preguntó Harry.

- Escobas –dijo Lupin-. Es la única forma. Eres muy joven para Aparecerte, la red de Polvos Floo estará vigilada y nos tomaría una eternidad establecer un Traslador sin autorización.

- Remus dice que eres muy bueno volando –dijo Kingsley Shackbolt con voz profunda.

- Es excelente –dijo Lupin, que estaba revisando su reloj-. De cualquier forma, sería mejor que fueras a empacar, Harry, queremos estar listos cuando venga la señal.

- Iré a ayudarte –dijo Tonks alegremente.

Ella siguió a Harry al salón y después a las escaleras, viendo alrededor con mucho interés y curiosidad.

- Un lugar muy curioso –dijo ella-, está un poco limpio... ¿Sabes a lo que me refiero? Un poco anormal. Oh, esto está mejor –añadió cuando entraron al cuarto de Harry y encendieron las luces.

Su habitación ciertamente estaba más desordenada que el resto de la casa. Limitada a ella durante cuatro días con muy mal humor, Harry no se había molestado en limpiarlo por él mismo. Muchos de sus libros estaban tirados en el suelo cuando había tratado de distraerse con cada uno pero los había aventado. La jaula de Hedwing necesitaba una limpieza y estaba empezando a apestar, y su baúl estaba abierto, revelando una mezcla de ropa Muggle y túnicas de mago.

Harry empezó a tomar los libros y a aventarlos precipitadamente en su baúl. Tonks se detuvo frente a su guardarropa y miró su reflejo en el espejo que estaba dentro de la puerta.

- ¿Sabes? Creo que mi color no es el violeta –dijo pensativamente, tirando un mechón de su pelo en forma de pinchos-. ¿Crees que me hace ver un poco pálida?

- Eh... –dijo Harry, mirándola sobre la portada de Equipos de Quidditch de Gran Bretaña e Irlanda.

- Sí, sí lo hace –dijo Tonks decisivamente. Cerró sus ojos con una expresión de tensión como si estuviera luchando por acordarse de algo. Un segundo después, su cabello se había vuelto rosa chicle.

- ¿Cómo lo hiciste? –preguntó Harry mirando boquiabierto cuando ella abrió los ojos de nuevo.

- Soy un metamorfomago, un mago metamórfico –dijo ella mirando su reflejo y volteando su cabeza para poder ver su cabello en todas direcciones-. Significa que puedo cambiar mi apariencia cuando quiera –añadió viendo la expresión de confusión de Harry-. Nací siendo una. Tuve calificaciones muy altas en Ocultamiento y Disfraz durante mi entrenamiento de Aurora, sin estudiar nada, fue fantástico.

- ¿Eres una Aurora? –dijo Harry impresionado. Ser un cazador de magos tenebrosos es la única carrera que había considerado estudiar después de Hogwarts.

- Sí –dijo Tonks satisfecha-. Kingsley también, aunque está más preparado que yo. Hace un año que estoy titulada. Casi fallo en Furtividad y Rastreo, soy un poco torpe... ¿Me escuchaste romper ese plato cuando llegamos?

- ¿Cómo puedes aprender a ser un mago metamórfico? –preguntó Harry irguiéndose, olvidándose totalmente de empacar.

- Apuesto que no te importaría esconder esa cicatriz algunas veces ¿cierto?

Sus ojos encontraron la cicatriz en forma de rayo en la frente de Harry.

- No, no me importaría –murmuró Harry volteándose. A Harry no le gustaba que miraran su cicatriz.

- Bien, me temo que tendrías que aprender del modo difícil –dijo Tonks-. Los magos metamórficos son muy raros, y nacen, no se hacen. Mucho de los magos necesitan usar una varita o pociones para cambiar su apariencia. Pero tenemos que irnos, Harry, se supone que tendríamos que estar empacando –añadió culpablemente, viendo todo el desorden del suelo.

- Ah, sí –dijo Harry tomando otro libro.

- No seas estúpido, sería mucho más rápido si... ¡Empacáremos! –chilló Tonks, ondulando su varita en largo movimiento a través del piso. Libros, ropa, telescopio y balanzas, todo flotó en el aire y voló hacia el baúl-. No está muy ordenado –dijo Tonks caminando alrededor del baúl, mirando todo el revoltijo dentro-. Mi mamá tenía esa habilidad de guardar todo con limpieza, hasta deja que los calcetines se ordenen solos... pero nunca he sabido cómo lo hace, es dependiendo de cómo agites la varita...

Agitó su varita esperanzada, uno de los calcetines de Harry dio un leve meneo y se posó encima del desorden.

- Ah, bien –dijo Tonks azotando la tapa del baúl-. Por lo menos todo está adentro. Esto podría limpiar un poco... ¡Scourgify! –dijo apuntando su varita a la jaula de Hedwing: unas pocas plumas y desechos se desvanecieron-. Bueno ¿tienes todo? ¿Tu caldero? ¿Tu escoba? ¡Wow! ¿Una Saeta de Fuego? –sus ojos se ensancharon cuando vieron la escoba que Harry sostenía en su mano derecha. Era su orgullo y su alegría, un regalo de Sirius, una escoba a nivel internacional-. Y yo aún tengo una Cometa 260 –dijo Tonks envidiándolo-. Ah, bien... ¿tu varita aún en tus pantalones? ¿tu trasero donde debe estar? Está bien, vámonos. ¡Locomotor trunk!

El baúl de Harry se elevó unos cuantos centímetros en el aire. Sosteniendo su varita como el bastón de un conductor, Tonks lo hizo permanecer en el aire cruzando la habitación y fuera de la puerta, con la jaula de Hedwing en su mano izquierda. Harry la siguió bajando las escaleras sosteniendo su escoba...

De regreso en la cocina, Moody se había colocado su ojo, el cual estaba dando vueltas tan rápido que mareó a Harry.

Kingsley Shacklebolt y Sturgis Podmore estaban examinando el microondas y Hestia Jones se reía con un pelador de papas que había encontrado cuando estaba revisando los cajones. Lupin estaba sellando una carta para los Dursley.

- Excelente –dijo Lupin mirando a Tonks y a Harry cuando entraban-. Tenemos cerca de un minuto, creo. Probablemente deberíamos salir al jardín ya que estamos listos. Harry, he dejado una carta a tu tío y a tu tía diciendo que no se preocupen...

- No lo harán –dijo Harry.

- que estás a salvo...

- Eso solo los deprimirá.

- Y que los volverás a ver el siguiente verano.

- ¿Tengo qué?

Lupin sonrió pero no respondió.

- Ven acá, chico –dijo Moody bruscamente, haciéndole señas para que se le acercara-. Necesito “Desilusionarte”

- ¿Necesita qué? –dijo nerviosamente Harry.

- El encantamiento Desilusionador –dijo Moody, alzando su varita-. Lupin dice que tienes una capa invisible, pero no se estaría quieta mientras volamos; esto te disfrazará mejor. Aquí va...

Golpeó a Harry en la cabeza. Harry sintió una curiosa sensación como si Moody le hubiera roto un huevo ahí, gotas frías parecían estarle corriendo a través de su cuerpo desde el punto donde le había pegado.

- Bonito, Ojo-Loco –dijo Tonks admirativamente viendo el diafragma de Harry.

Harry vio su cuerpo, o lo que fue su cuerpo, porque ya no parecía su cuerpo. No era invisible, simplemente había tomado el color y la textura exacta de la cocina atrás de él. Parecía que se había convertido en un camaleón humano.

- Vengan –dijo Moody quitando el cerrojo de la puerta trasera con su varita. Todos se pararon afuera en el césped muy bien cuidado de tío Vernon.

- Noche clara –gruñó Moody con su ojo mágico escaneando el cielo-. Podríamos hacerlo un poco más nublado. A tú derecha –gruñó hacia Harry-. Vamos a volar en una formación conjunta. Tonks irá enfrente de ti. Lupin te cubrirá desde abajo. Yo voy a estar a un lado de ti. El resto estará alrededor de ti. No rompas filas por nada, ¿me entienden? Si uno de nosotros es asesinado...

- ¿Es posible? –Harry preguntó aprensivamente, pero Moody lo ignoró.

-... los otros siguen volando, no se detengan, no rompan filas. Si todos somos asesinados y tu sobrevives, Harry, la “guardia trasera” estará por ahí para llevarte, solo vuela hacia el este y se unirán a ti.

- Deja de darle ánimos, Ojo-Loco, o pensará que no estamos tomando esto seriamente –dijo Tonks cuando abrochó a un arnés en su escoba la jaula de Hedwing y el baúl de Harry.

- Solo le estoy diciendo el plan al niño –gruñó Moody-. Nuestro trabajo es entregarlo a salvo al cuartel y si morimos en el intento...

- Nadie va a morir –dijo Kingsley Shacklebolt con su voz profunda y calmada.

- Monten sus escobas, esa es la primera señal –dijo Lupin fuertemente apuntando al cielo.

Lejos, muy lejos por encima de ellos, un chorro de chispas rojas volaron entre las estrellas. Harry las reconoció como chispas de varitas. Pasó su pierna derecha sobre su Saeta de Fuego, apretó su mango fuertemente, y la sintió vibrando ligeramente, mientras estaba emocionado de que estaría en el aire una vez más.

- ¡Segunda señal, vámonos! –dijo Lupin estruendosamente, mientras más chispas, verdes esta vez, explotaron sobre ellos.

Harry golpeó fuertemente el suelo. El aire frío de la noche corrió a través de su cabello mientras los limpios jardines de Privet Drive se hacían más pequeños, encogiéndose en remiendos de verdes oscuros y negros, y cualquier pensamiento del juicio del Ministerio se esfumó de su cabeza mientras las ráfagas de aire soplaban su cabeza. Sentía como si su corazón fuera a explotar de felicidad; estaba volando de nuevo, marchándose de Privet Drive como lo había soñado durante todo el verano, se iba a casa... Durante unos gloriosos momento, todos sus problemas se vieron reducidos a nada, insignificantes en el vasto cielo estrellado.

- ¡Vuelta a la izquierda, vuelta a la izquierda, hay un Muggle mirando hacia arriba! –gritó Moody a su lado. Tonks giró bruscamente y Harry la siguió-. ¡Necesitamos más altura... aumenten otro cuarto de milla!

Los ojos de Harry lloraban mientras aumentaban su altura, no podía ver nada debajo de él, pero ahora pequeñas luces que eran faros de carros y focos de la calle. Dos de estas luces debían pertenecer al carro de tío Vernon... Los Dursley debían de estar regresando a su casa, llenos de furia por el concurso de césped inexistente... y Harry se rió fuertemente con este pensamiento, aunque su voz era ahogada por el susurro de las túnicas de los demás, el crujido del arnés sosteniendo su baúl y la jaula, el susurro del viento en sus oídos mientras pasaban por el aire. Harry no se había sentido así de vivo en un mes, o así de feliz...

- ¡Giren al sur! –gritó Ojo-Loco-. ¡La ciudad está delante!

Dieron vuelta a la derecha, así que no pasaron directamente sobre las telarañas de luz de abajo.

- ¡Giren al sudeste y sigan subiendo, hay otra nube ligera arriba en la que nos podemos ocultar! –dijo Moody.

- ¡No vamos a ir a través de las nubes! –gritó Tonks enojada-. ¡Nos mojaremos Ojo-Locho! Harry estaba aliviado de oírlo decir eso, sus manos estaban poniéndose torpes sobre el mango de su Saeta de Fuego. Deseaba haberse puesto un abrigo, comenzaba a tiritar.

Alteraban su curso cada cuando según las instrucciones de Moody. Los ojos de Harry se empezaban a cerrar por la corriente de aire congelante que estaba haciendo doler sus oídos. Recordó haber sentido antes ese frío en una escoba, durante un partido contra Hufflepuff en su tercer año, el cual había tenido lugar durante una tormenta. Los guardianes alrededor de él estaban circundándolo continuamente como grandes pájaros depredadores. Harry perdió la noción del tiempo. Se preguntaba por cuánto tiempo habían estado volando, se sentía como una hora por lo menos.

- ¡Vuelta al sudeste! –gritó Moody- ¡Queremos evadir la autopista!

Harry estaba tan congelado que pensaba en momentos por los interiores calientes de los autos que estaban pasando por debajo, después, durante más tiempo, viajando en Polvos Flocos, podía ser incómodo dar vueltas en las chimeneas, pero por lo menos se estaba caliente en las llamas... Kingsley Shacklebolt voló en picada alrededor de él, con su cabeza calva y su arete brillando débilmente a la luz de la luna... Ahora Emmeline Vance estaba a su derecha, con su varita fuera y su cabeza girando de derecha a izquierda, después ella también voló en picada y fue reemplazada por Sturgis Podmore...

- ¡Deberíamos volver un momento, sólo para asegurarnos que no nos están siguiendo! –gritó Moody.

- ¿ESTÁS LOCO, OJO-LOCO? –gritó Tonks desde adelante-. ¡Estamos congelados hasta los huesos! ¡Si te sigues saliendo del camino no llegaremos allá hasta la próxima semana! ¡Estamos ya muy cerca!

- ¡Es tiempo de empezar el descenso! –la voz de Lupin se oyó-. ¡Sigue a Tonks, Harry!

Harry siguió a Tonks en picado. Se estaban dirigiendo a la más grande colección de luces que habían visto hasta el momento, enormes, expansivas, brillando en filas y rejillas, esparcidas en parches de color negro.

Fueron descendiendo más y más, hasta que Harry pudo ver los faros y las lámparas, chimeneas y antenas de televisión. Deseaba tocar el suelo, aunque estaba seguro de que alguien tendría que descongelarlo de su escoba.

- ¡Aquí vamos! –dijo Tonks y unos segundos después aterrizaron. Harry tocó el suelo justo después que ella y desmontó en un área de pasto descuidado en el centro de un pequeño cuadro. Tonks ya estaba desabrochando el baúl de Harry. Temblando de frío, Harry miró alrededor. Los sucios frentes de las casas circundantes no eran muy agradables, algunas de ellas tenían ventanas rotas, brillando tenuemente con la luz de las lámparas de la calle, la pintura se estaba cayendo de varias de las puertas, y montones de basura reposaban en muchos de los peldaños delanteros.

- ¿Dónde estamos? –preguntó Harry, pero Lupin dijo silenciosamente:

- En un minuto.

Moody estaba revolviendo en su capa sus nudosas manos entorpecidas por el frío.

- Lo tengo –susurró alzando en el aire lo que parecía un encendedor plateado y apretándolo.

La luz de la lámpara más cercana se apagó con un “pop”. Apretó el apagador una vez más, la siguiente lámpara se apagó. Siguió apretándolo hasta que la última lámpara de la calle se

apagó, y la única luz que quedaba era la que venía de las ventanas con cortinas y de la luna que estaba sobre ellos.

- Me lo prestó Dumbledore –gruñó Moody guardando su Apagador-. Eso se encargará de que ningún Muggle vea nada a través de su ventana ¿ven? Ahora vengan rápido.

Tomó a Harry del brazo y lo alejó del pasto y se lo llevó al pavimento. Lupin y Tonks los siguieron, cargando el baúl de Harry entre los dos, y el resto del grupo, todos con sus varitas en las manos, franqueándolos.

El sonido ahogado de un estéreo venía de la ventana de arriba de una casa cerca. El fuerte olor de basura podrida les llegó desde una pila de un bulto de bolsas dentro de una cerca rota.

- Aquí –murmuró Moody poniéndole en las manos “Desilusionadas” un pedazo de pergamino y sosteniendo su varita con un rayo de luz cerca de él para iluminar la escritura-. Léelo rápido y memorízalo.

Harry miró el pedazo de papel. La estrecha escritura le era muy familiar. Decía:

“Los cuarteles de la Orden del Fénix pueden ser encontrados en el número 12, Grimmauld Place, Londres.”

CAPÍTULO IV

NÚMERO 12, GRIMMAULD PLACE

- ¿Qué es la Orden del...? –comenzó a decir Harry.

- ¡No aquí, niño! –gruñó Moody-. ¡Espera a que estemos dentro!

Arrancó el trozo de pergamino de las manos de Harry y le prendió fuego con la punta de su varita. Mientras el mensaje se retorció en llamas y flotaba hasta el suelo, Harry miraba de nuevo a las casas contiguas. Estaban parados delante del número once, miró a su izquierda y vio el número diez, sin embargo, a la derecha estaba el número trece.

- Pero, ¿dónde está..?

- Piensa en lo que acabas de memorizar –dijo Lupin tranquilamente.

Harry miró atentamente, y tan pronto habían alcanzado el lugar correspondiente al número doce de Grimmauld Place, una puerta bastante estropeada surgió de ningún sitio entre los números once y trece, inmediatamente seguida por unas paredes sucias y unas ventanas sombrías. Era como si una casa extra se hubiera inflado, desplazando de su camino a las que estaban a sus lados. Harry se quedó boquiabierto al verla. El radiocasete del número once seguía sonando. Aparentemente los Muggles que ocupaban la casa no habían notado nada.

- Vamos, deprisa –gruñó Moody empujando a Harry por la espalda.

Harry subió los peldaños de piedra y se quedó de pie ante una puerta que acaba de materializarse. Su pintura negra estaba desconchada y arañada. El tirador plateado tenía la forma de una serpiente enroscada. No había cerradura ni buzón.

Lupin sacó su varita y golpeó una vez la puerta con ella. Harry escuchó “clic” metálicos y lo que parecía ser el estrépito de una cadena. La puerta se abrió con un crujido.

- Entra rápido, Harry –susurró Lupin-, pero no te vayas muy lejos cuando estés dentro y no toques nada.

Harry traspasó el umbral de la puerta para adentrarse en la más absoluta oscuridad del recibidor. Podía oler la humedad, el polvo y un olor dulzón que parecía arraigado al lugar; el sitio daba la sensación de ser un edificio abandonado. Miró por encima de su hombro y vio a los demás entrando detrás de él, Lupin y Tonks transportando su baúl y la jaula de Hedwing. Moody estaba de pie en la última escalera de entrada, liberando las bolas de luz que el Apagador había robado de las farolas de la calle, las bolas volaron hacia sus bombillas y la plaza brilló momentáneamente con la luz naranja hasta que Moody cojeó hasta el interior y cerró la puerta delantera, de modo que la oscuridad del recibidor se volvió completa.

- Aquí...

Dio un golpe fuerte con su varita en la cabeza de Harry. Harry se sintió esta vez como si algo caliente estuviera goteando por su espalda y supo que el encantamiento Desilusionador había desaparecido.

- Ahora quedaros aquí todos mientras damos un poco de luz –susurró Moody.

Las voces silenciosas de los otros producían en Harry un extraño presentimiento; era como si hubieran entrado en la casa de una persona muerta. Escuchó un ruido sibilante y suave, entonces unas lámparas de gas totalmente pasadas de moda volvieron a la vida a lo largo de las paredes, arrojando una parpadeante y escasa luz sobre el despegado papel de la pared y la raída alfombra durante un rato. El oscuro corredor apenas estaba iluminado por una luz tenue que reflejaban una tela de araña del techo y los marcos de unos retratos ennegrecidos por los años que colgaban torcidos de las paredes. Harry escuchó algo detrás del rodapié. Tanto la tela de araña, como los candelabros que estaban en una raquítica mesa cercana parecían tener forma de serpientes.

Se oyó el sonido de unos pasos rápidos y la madre de Ron, la señora Weasley, salió de una puerta situada al final del vestíbulo. Estaba sonriendo para dar la bienvenida y corrió rápidamente hacia ellos, aunque Harry se dio cuenta de que estaba bastante más delgada y pálida que la última vez que la había visto.

- ¡Oh, Harry, es fantástico verte de nuevo! –susurró apretándole en un brazo antes de cogerle por el otro brazo y examinarlo críticamente-. Estás demasiado delgado, necesitas alimentarte, aunque me temo que tendrás que esperar un poco para cenar -Se giró hacia la pandilla de magos que estaban detrás de él y susurró urgentemente-. Acaba de llegar, la reunión ya ha empezado.

Los magos que estaban detrás de Harry hicieron sonidos de interés y excitación y empezaron a pasar uno detrás de otro hacia la puerta por la cual la Sra. Weasley acababa de salir. Harry hizo ademán de seguir a Lupin, pero la Sra. Weasley le retuvo.

- No, Harry, las reuniones son sólo para los miembros de la Orden. Ron y Hermione están arriba, puedes esperar con ellos hasta que la reunión haya acabado, entonces cenaremos. Y baja la voz en el vestíbulo –añadió en un rápido susurro.

- ¿Por qué?

- No quiero que nada se despierte.

- ¿A qué se...?

- Te lo explicaré más tarde, tengo que darme prisa, se supone que tengo que estar en la reunión... Sólo te enseñaré donde tienes que dormir.

Presionando el dedo contra sus labios, le guiaba en cuclillas hacia unas largas cortinas carcomidas por el moho, detrás de las cuales Harry supuso que tendría que haber en otra puerta. Después de ladear un enorme paraguas que estaba de pie en el suelo y que parecía que hubiera sido hecho con la perna cortada de un troll, empezaron a subir la oscura escalera, y pasaron por delante de una hilera de cabezas encogidas, que estaban enmarcadas en placas en la pared. Una

mirada más cercana reveló a Harry que las cabezas eran de dos elfos domésticos. Todos ellos tenían el mismo hocico por nariz.

Harry se quedaba más aturdido a cada paso que daba. ¿Qué diablos estaban haciendo en una casa que parecía que pertenecía al más tenebroso de los magos?

- Sra. Weasley, ¿por qué...?

- Ron y Hermione te lo explicarán todo, querido, de veras que tengo que darme prisa –dijo la Sra. Weasley distraídamente-. Allí... –estaban alcanzando el segundo piso... tu puerta es la de la derecha. Te llamaré cuando haya acabado.

Y de nuevo desapareció rápidamente escaleras abajo.

Harry cruzó el sombrío piso, se encaminó hacia el tirador de la puerta, que tenía forma de cabeza de serpiente, y abrió la puerta.

Echó un breve vistazo al tenebroso techo de una habitación con dos camas; entonces, se oyó un fuerte ruido, seguido por un chirrido aún más potente, y su visión quedó totalmente oscurecida por el espesor de una gran cantidad de pelo. Hermione se lanzó hacia él en un abrazo que casi le desinfla, mientras la minúscula lechuza de Ron, Pidwidgeon, pasaba zumbando excitada, una y otra vez, alrededor de sus cabezas.

- ¡HARRY! ¡Ron, está aquí, Harry está aquí! ¡No te oímos llegar! ¡Oh, cómo estás? ¿Estás bien? ¿Has estado furioso con nosotros? Apuesto a que lo estabas, sé que nuestras cartas eran inservibles... pero no podíamos decirte nada. Dumbledore nos obligó a jurar que no te diríamos nada, oh, tenemos que contarte muchas cosas y tú tienes que contarnos también... ¡Dementores! Cuando oímos, y aquella vista del Ministerio, ¡es simplemente un escándalo! He estado informándome, no te pueden expulsar, simplemente no puede, hay una disposición en el Decreto de la Restricción del Uso de la Magia en menores que permite usar magia en situaciones de vida o muerte...

- Dale un respiro, Hermione –dijo Ron sonriendo mientras cerraba la puerta detrás de Harry. Parecía que había crecido varias pulgadas más durante el mes que habían pasado separados. Tenía un aspecto mucho más alto y desgarrado que nunca, aunque la larga nariz, el pelo rojo brillante y sus pecas seguían siendo las mismas.

Todavía sonriendo, Hermione dejó libre a Harry, pero antes de que pudiera decir otra palabra, se oyó un suave aleteo y algo blanco salió disparado de lo alto del oscuro armario y aterrizó gentilmente en el hombro de Harry.

- ¡Hedwing!

La blanquecina lechuza chasqueó su pico y mordisqueó su oreja de manera cariñosa, mientras Harry acariciaba sus plumas.

- Ha estado muy a gusto –dijo Ron-. Picoteándonos hasta la muerte cuando trajo tus últimas cartas. Mira esto...

Le enseñó a Harry el dedo índice de su mano derecha, el cual ostentaba una media cicatriz, pero con un corte bastante profundo.

- Oh, sí –dijo Harry-. Lo siento, pero necesitaba respuestas, entendéis...

- Queríamos dártelas, colega –dijo Ron-. Hermione creía que nos estábamos pasando. No paraba de decir que harías algo estúpido si te sentías abandonado y sin noticias, pero Dumbledore nos hizo...

-... jurar que no me diríais nada –dijo Harry-. Sí, Hermione ya me lo ha dicho.

La sensación cálida que se había encendido en él al ver a sus dos mejores amigos, se había extinguido, y ahora algo helado estaba inundando la boca de su estómago. En un instante –después de haber estado suspirando por verles durante un interminable mes- sintió que habría preferido que Ron y Hermione le dejaran solo en ese momento.

Se produjo un tenso silencio en el cual Harry acariciaba a Hedwing de manera automática, sin mirar a ninguno de los dos.

- Creo que pensó que era lo mejor –dijo Hermione casi sin aliento-. Dumbledore, quiero decir.

- Bien –dijo Harry. Se dio cuenta de que las manos de Hermione también estaban marcadas por los picotazos de Hedwing y descubrió que no lo sentía por ellos del todo.

- Creo que pensó que estarías más a salvo con los Muggles... –empezó a decir Ron.

- ¿Sí? –dijo Harry alzando sus cejas- ¿Alguno de vosotros ha sido atacado por Dementores este verano?

- Bueno, no... pero para eso es para lo que tiene gente de la Orden del Fénix vigilándote todo el tiempo...

Harry sintió una gran sacudida en sus tripas, como si se hubiera saltado un escalón bajando las escaleras. Eso quería decir que todo el mundo sabía que estaba siendo vigilado, excepto él.

- ¿Aunque eso no funcionó tan bien, no? –dijo Harry haciendo todo lo posible para mantener la voz intacta, en el mismo tono-. Tuve que cuidarme yo mismo después de todo ¿no?

- Estaba muy enfadado –dijo Hermione con voz respetuosa- Dumbledore. Lo vimos cuando descubrió que Mundungus se había marchado antes de que su turno hubiera acabado. Estaba muy asustado.

- Bueno, estoy contento de que se hubiera marchado –dijo Harry fríamente-. Si no lo hubiera hecho, no habría hecho magia y Dumbledore probablemente me hubiera dejado el resto del verano en Privet Drive.

- No estás... ¿no estás preocupado por la visita al Ministerio de Magia? –dijo Hermione tranquilamente.

- No –mintió Harry desafiante. Se alejó de ellos, mirando alrededor, con Hedwing acurrucada en su hombro, pero esa habitación no parecía ayudarle a ahuyentar sus espíritus. Era oscura y tenebrosa. Un trecho blanco lleno de lienzos de cuadros ornamentales era lo único que aliviaba la desnudez de las desconchadas paredes, y mientras Harry les echaba un vistazo tuvo la sensación de haber oído a alguien, que estaba al acecho fuera de su visión, riéndose disimuladamente.

- ¿Entonces por qué Dumbledore tiene tantas ganas de mantenerme oculto? –preguntó Harry, todavía intentando hacer que su tono de voz sonara casual-. ¿Alguno de vosotros, eh, se lo ha preguntado?

Echó una ojeada en el momento justo en el que vio a los dos intercambiando una mirada que le decía que se estaba comportando como ellos temían que lo hiciera. Pero esto no mejoró su humor.

- Le dijimos a Dumbledore que queríamos decirte lo que estaba pasando –dijo Ron-. Lo hicimos, colega. Pero él está muy ocupado ahora, sólo le hemos visto dos veces desde que llegamos aquí y no tenía mucho tiempo. Simplemente nos hizo jurar que no te diríamos ninguna cosa importante cuando te escribiéramos. Dijo que las lechuzas podían ser interceptadas.

- Pero él podría haberme mantenido informado si hubiera querido –dijo Harry cortante-. No intentéis convencerme de que él no tiene manera de mandarme mensajes sin usar lechuzas.

Hermione le echó una ojeada a Ron, entonces dijo:

- Yo pensé lo mismo que tú. Pero él no quería que supieras nada.

- A lo mejor es porque cree que no puede confiar en mí –dijo Harry mirando las expresiones de las caras de sus amigos.

- No seas idiota –dijo Ron mirándole desconcertado.

- O que no puedo cuidar de mí mismo.

- ¡Por supuesto que no piensa eso! –dijo Hermione ansiosamente.

- ¿Entonces como es que yo tengo que estar con los Dursley mientras vosotros dos estáis enterados de todo lo que está pasando aquí? –dijo Harry mientras sus palabras se juntaban unas sobre otras apresuradamente, alzando más la voz a cada palabra que pronunciaba-. ¿Cómo es que a vosotros se os permite saber todo lo que está pasando?

- ¡No se nos permite! –interrumpió Ron-. Mi madre no nos deja oír lo que dicen en las reuniones, dice que somos muy jóvenes...

Pero antes de que se diera cuenta, Harry estaba gritando.

- ENTONCES NO HABÉIS ESTADO EN LAS REUNIONES ¡QUÉ GRAN COSA! PERO HABÉIS ESTADO AQUÍ ¿VERDAD? ¡HABÉIS ESTADO JUNTOS! ¡YO, YO HE ESTADO SOPORTANDO A LOS DURSLEY! ¡DURANTE UN MES! ¡Y HE ESTADO ENVUELTO EN MÁS DE LO QUE NINGUNO DE VOSOTROS DOS HA ESTADO ENVUELTO NUNCA Y DUMBLEDORE LO SABE... ¿QUIÉN SALVÓ LA PIEDRA FILOSOFAL? ¿QUIÉN SE DESHIZO DE RIDDLE? ¿QUIÉN SALVÓ VUESTRO PELLEJO DE LOS DEMENTORES?

Toda la amargura y el resentimiento que Harry había estado soportando durante el último mes estaba saliendo de él: su frustración por la ausencia de noticias, el daño que le había hecho que todos ellos estuvieran juntos sin contar con él, su ira porque le hubieran estado siguiendo sin que nadie se lo dijera, todos los sentimientos de los que estaba medio avergonzado, finalmente se estaban desbordando. Hedwing se asustó por el ruido y remontó el vuelo de nuevo al armario; Pgwidgeon revoloteaba alarmada y zumbaba aún más rápido alrededor de sus cabezas.

- ¿QUIÉN TUVO QUE SORTEAR DRAGONES Y ESFINGES Y TODAS ESAS ESTÚPIDAS COSAS EL AÑO PASADO? ¿QUIÉN LE VIO A ÉL VOLVER? ¿QUIÉN TUVO QUE ESCAPAR DE ÉL? ¡YO!

Ron estaba de pie con la boca medio abierta, totalmente petrificado y sin encontrar algo que decir, mientras que Hermione parecía estar a punto de echarse a llorar.

- ¿PERO POR QUÉ TENDRÍA YO QUE SABER LO QUE ESTÁ PASANDO? ¿POR QUÉ DEBERÍA NADIE DECIRME QUÉ ES LO QUE HA ESTADO OCURRIENDO?

- Harry, queríamos decírtelo, de verdad que queríamos... –empezó a decir Hermione.

- NO LO DESEABAIS DEMASIADO ¿VERDAD? PORQUE SI NO ME HUBIESEIS ENVIADO UNA LECHUZA, PERO DUMBLEDORE OS HIZO JURAR...

- Bueno, sí, lo hizo...

- CUATRO SEMANAS AGUANTANDO EN PRIVET DRIVE, ROBANDO PERIÓDICOS DE LOS CUBOS DE BASURA PARA INTENTAR DESCUBRIR LO QUE ESTABA OCURRIENDO...

- Queríamos...

- SUPONGO QUE HABREIS PASADO TODOS UN BUEN RATO ¿VERDAD? TODOS AQUÍ JUNTOS, APOYÁNDOOS...

- No, sinceramente...

- ¡Harry, lo sentimos mucho! –dijo Hermione, desesperada, sus ojos brillando con lágrimas-. Tienes toda la razón, Harry... ¡yo estaría furiosa si me hubiera pasado a mí!

Harry echó un vistazo, todavía respirando profundamente, entonces de nuevo se alejó un poco de ellos, paseando de un lado a otro. Hedwing piaba melancólicamente desde lo alto del armario. Hubo una larga pausa, sólo rota por los crujidos de las tablas del suelo, debajo de los pies de Harry.

- De todos modos, ¿qué sitio es éste? –les espetó a Ron y Hermione.

- La sede central de la Orden del Fénix –dijo Ron finalmente.

- ¿Alguno de vosotros piensa decirme qué es la Orden del Fénix?

- Es una sociedad secreta –dijo Hermione rápidamente-. Dumbledore está a cargo, él la fundó. Son las personas que lucharon la última vez contra Quién-tú-sabes.

- ¿Quién está en ella? –preguntó Harry haciendo una pausa con las manos en los bolsillos.

- Bastantes personas...

- Hemos conocido alrededor de veinte de ellos –dijo Ron-, pero creemos que hay más.

Harry les echó una mirada feroz.

- ¿Y bien? –preguntó mirando a uno y a otro.

- Eh –dijo Ron-. ¿Y bien qué?

- ¡Voldemort! –dijo Harry furioso y tanto Ron como Hermione se estremecieron-. ¿Qué está pasando? ¿Qué está tramando? ¿Dónde está? ¿Qué estáis haciendo para pararle?

- Te lo hemos dicho, la Orden no nos deja estar en sus reuniones –dijo Hermione nerviosa-. Por eso no sabemos los detalles... pero tenemos una idea general –se dio prisa en añadir al comprobar la cara de Harry.

- Fred y George han inventado Orejas Extensibles, mira –dijo Ron-. Son muy prácticas.

- ¿Orejas...?

- Extensibles, sí. Sólo que tuvimos que dejar de usarlas después porque mi madre las descubrió y perdió los estribos. Fred y George tuvieron que esconderlas todas para que mi madre no las tirara a la basura. Pero pudimos usarlas durante un tiempo hasta que mi madre se dio cuenta de lo que estaba pasando. Sabemos que algunos de los de la Orden están persiguiendo a conocidos Mortífagos, vigilándolos, ya sabes...

- Algunos de ellos están intentando reclutar más personas para la Orden –dijo Hermione.

- Y otros están guardando algo –dijo Ron-. Siempre están hablando acerca de vigilar algo.

- ¿Puede que se refieran a mí, no? –dijo Harry sarcásticamente.

- Oh, sí –dijo Ron con una mirada comprensiva.

Harry suspiró con rabia. Empezó a dar vueltas por la habitación otra vez, mirando a todas partes menos a Ron y Hermione.

- Entonces, ¿qué es lo que habéis estado haciendo si no se os permite estar en las reuniones? –demandó-. Dijisteis que estabais ocupados.

- Y lo estamos –dijo Hermione rápidamente-. Hemos estado descontaminando esta casa. Ha estado vacía durante años y un montón de cosas asquerosas se han estado alimentando aquí. Hemos conseguido dejar limpia la cocina, casi todas las habitaciones y creo vamos a empezar con el salón ma... ¡AAAARGH!

Con dos fuertes crack, Fred y George, los hermanos gemelos mayores de Ron se habían materializado en el aire, en el medio de la habitación. Pigwidgeon empezó a menearse de forma aún más violenta y se fue zumbando para juntarse con Hedwing en lo alto del armario.

- ¡Dejad de hacer eso! –dijo Hermione débilmente a los gemelos, los cuales tenían el mismo color rojo vivo de pelo que Ron, aunque en menor cantidad y un poco más corto.

- Hola, Harry –dijo George sonriéndole-. Nos pareció haber escuchado tu dulce tono de voz.

- No reprimas tu enfado, Harry, deja salir todo lo que llevas dentro –dijo Fred también sonriendo-. Debe de haber un par de personas en cincuenta millas a la redonda que no te hayan oído.

- ¿Entonces, habéis aprobado vuestros exámenes de Aparición? –preguntó Harry malhumorado.

- Con distinción –dijo Fred, agarrando lo que parecía ser un trozo de una insignia muy grande color carne.

- No os puede costar más de treinta segundos bajar, como todos, por las escaleras –dijo Ron.

- El tiempo son Galeones, pequeño hermano –dijo Fred-. De todos modos, Harry, tu voz estaba interfiriendo en la recepción. Orejas Extensibles –añadió en respuesta a las cejas alzadas de Harry, a la vez que se desprendía de la insignia, la cual Harry vio en ese momento desvanecerse en el aterrizaje-. Estamos intentando oír qué es lo que pasa abajo.

- Tenéis que andar con cuidado –dijo Ron mirando fijamente a la Oreja-, si mamá ve otra de éstas...

- El riesgo vale la pena, ésta es la reunión más importante que han tenido –dijo Fred.

La puerta se abrió y una larga melena roja apareció.

- ¡Oh, hola, Harry! –dijo la hermana menor de Ron, Ginny, con una sonrisa brillante-. Me pareció oír tu voz –volviéndose hacia Fred y George-. No lo vais a conseguir con las Orejas Extensibles, ella se ha ido y ha puesto un encantamiento Imperturbable en la puerta de la cocina.

- ¿Cómo lo sabes? –dijo George con cara de deprimido.

- Tonks me dijo cómo averiguarlo –dijo Ginny-. Sólo tienes que arrojar algo a la puerta y si no puede hacer contacto con la puerta, es que ha sido Imperturbada. He estado lanzando Bombas de excrementos desde lo alto de las escaleras y todas rebotaron antes de dar contra la puerta, por lo que no hay manera de que las Orejas Extensibles encuentren un hueco por debajo.

Fred suspiró profundamente.

- ¡Qué desgracia! De veras disfrutaba descubriendo de lo que es capaz el viejo Snape.

- ¡Snape! –dijo Harry rápidamente-. ¿Está él aquí?

- Sí, claro –dijo George cerrando la puerta con cuidado y sentándose en una de las camas; Fred y Ginny le imitaron-. Está dando un informe. Alto secreto.

- Idiota –dijo Fred sin prisa.

- Él está ahora de nuestro lado –dijo Hermione reprochando el comentario. Ron resopló-. Eso no quiere decir que no sea un imbécil. Tendrías que ver la manera en la que nos mira cuando se encuentra con nosotros.

- Bill tampoco le cae bien –dijo Ginny como si con esto hubiera resuelto la cuestión.

Harry no estaba seguro de si su enfado se había disipado del todo, pero ahora su sed de información superaba sus deseos de seguir gritando. Se sentó en la otra cama.

- ¿Bill está aquí? –preguntó-. Pensé que estaba trabajando en Egipto.

- Pidió un trabajo de oficina para poder venir a casa y trabajar para la Orden –dijo Fred-. Él dice que echa de menos las tumbas, pero... –sonrió con satisfacción- aquí hay compensaciones.

- ¿Qué quieres decir?

- ¿Te acuerdas de Fleur Delacour? –dijo George-. Consiguió un trabajo en Gringotts para mejorarrrrr su iiinglés.

- Y Bill le ha estado dando un montón de clases particulares –rió disimuladamente Fred.

- Charlie también está en la Orden –dijo George-, pero él todavía está en Rumania. Dumbledore quiere que en la Orden estén todos los magos extranjeros que se puedan reclutar, por lo que Charlie está intentando hacer contactos con ellos en sus días libres.

- ¿No puede Percy hacer eso? –preguntó Harry. Lo último que había oído era que el tercer hermano Weasley estaba trabajando en el Departamento de Cooperación Mágica Internacional en el Ministerio de Magia.

Con las palabras de Harry, todos los Weasley y Hermione cruzaron significativas miradas sombrías.

- Hagas lo que hagas, no menciones a Percy delante de mamá y papá –le dijo Ron a Harry con voz tensa.

- ¿Por qué no?

- Porque cada vez que se menciona el nombre de Percy, mi padre rompe algo que está sujetando y mi madre empieza a llorar –dijo Fred.

- Ha sido horrible –dijo Ginny tristemente.

- Pienso que hicimos bien deshaciéndonos de él –dijo George con un gesto poco habitual en su cara.

- ¿Qué ha pasado? –preguntó Harry.

- Percy y papá tuvieron una discusión –dijo Fred-. Yo nunca he visto a papá pelearse con nadie de esa manera. Normalmente la que grita es mamá.

- Fue la primera semana después de que acabara el curso –dijo Ron-. Estábamos a punto de venir e ingresar en la Orden. Percy llegó a casa y nos dijo que le habían ascendido.

- ¿Estás bromeando? –dijo Harry.

Aunque sabía perfectamente que Percy era una persona muy ambiciosa, la impresión de Harry era que Percy no había tenido mucho éxito en su primer trabajo en el Ministerio de Magia. Percy había cometido justamente la gran equivocación de no darse cuenta de que su jefe había sido controlado por Lord Voldemort; aunque el Ministro no lo hubiera creído, puesto que todos creían que el señor Crouch se había vuelto loco.

- Sí, estábamos todos sorprendidos –dijo George-, porque Percy se metió en un montón de problemas relacionados con el tema de Crouch, hubo un interrogatorio y todo eso. Dijeron que Percy tendría que haberse dado cuenta de que Crouch estaba loco de remate e informar a un superior. Pero sabes que Percy, dejándole Crouch el cargo, no iba a quejarse...

- ¿Entonces cómo es que lo han ascendido?

- Eso es exactamente lo que no preguntamos –dijo Ron que parecía entusiasmado al estar consiguiendo mantener una conversación normal y que Harry hubiera dejado de chillar-. Llegó a casa muy satisfecho consigo mismo –incluso más de lo habitual, si puedes imaginarlo- y le dijo a papá que le habían ofrecido un puesto en la propia oficina de Fudge. Un puesto muy bueno para alguien que lleva sólo un año fuera de Hogwarts: Asistente Menor del Ministro. Creo que él esperaba que papá estuviera impresionado.

- Sólo que papá no lo estaba –dijo Fred sonriendo abiertamente.

- ¿Por qué no? –dijo Harry.

- Bueno, aparentemente Fudge estuvo echando pestes por todo el Ministerio, comprobando que nadie tenía ningún tipo de contacto con Dumbledore –dijo George.

- Actualmente Dumbledore tiene muy mala fama en el Ministerio, sabes –dijo Fred-. Todos piensan que sólo está tratando de crear problemas diciendo que Quién-vosotros-sabéis ha vuelto.

- Papá dice que Fudge dejó claro que cualquiera que esté aliado con Dumbledore puede ir limpiando su despacho –dijo George.

- El problema es que Fudge sospecha de papá. Él sabe que papá simpatiza con Dumbledore y siempre ha pensado que papá es una persona un poco extraña por su obsesión con los Muggles.

- ¿Pero qué tiene esto que ver con Percy? –preguntó Harry confundido.

- Ahí es donde quiero llegar. Papá cree que Fudge sólo quiere a Percy en su oficina porque quiere usarle para espiar a la familia y a Dumbledore.

Harry dejó escapar un pequeño silbido.

- Os apuesto que a Percy eso le gusta.